



Diócesis de San Juan de los Lagos

Julio 2023 No.518

Boletín de Pastoral

Vida pastoral y formación integral



**SEMANA DE ANIMACIÓN
Y FORMACIÓN LITÚRGICA**

SUMARIO

Centro Diocesano de Pastoral
Morelos 28 A. P. 21
Tel. (395) 785 0020
cpastoral@gmail.com
47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Consejo Editorial: Pbro. Rafael Domínguez García, Cango. Ireneo Gutiérrez Limón, Pbro. Francisco Escobar Mireles, Pbro. Miguel Ángel Dávalos Díaz, Pbro. Jorge Luis Aldana, Pbro. Sergio Abel Mata, Pbro. Moisés Hernández Hernández, Pbro. Francisco Ledezma, Pbro. Jaime Fonseca González, Pbro. Ildefonso García, Pbro. Alonso Jiménez Gómez, Sr. Jaime Jaramillo.

Diseño Gráfico: Miguel Ángel Ramírez Hernández.

1.- Editorial <i>El Obispo, signo visible de unidad</i>	1
2.- Voz del Pastor	2
3.- Espiritualidad Pastoral <i>Jesús revivió a la niña, como a la hija de Jairo</i>	3
4.- Iglesia en salida <i>La mujer en la vida de la Iglesia</i>	5
5.- Forjando cultura con identidad cristiana <i>Discurso del Papa Francisco a los participantes en el Green and blue festival</i>	7
6.- Raíces vivas de nuestra fe <i>400 años de milagros, de piedad y de amor</i>	9
7.- Observatorio pastoral <i>Como Iglesia necesitamos una conversión pastoral</i>	10
8.- Cultura del buen trato <i>El buen samaritano y los factores de riesgo y protección en nuestra reacción como Iglesia ante los abusos</i>	12
9.- "Ni muy muy, ni tan tan" <i>Más allá de las fachadas: La transición pastoral</i>	14
10.- Tips TIC <i>Domótica</i>	15
11.- Página pedagógica <i>La Dignidad Humana: origen, fundamento y compromisos de cambio</i>	16
12.- Subsidio de Evangelización y Pastoral <i>Semana de Animación y formación litúrgica</i>	18
13.- Ruta del sínodo <i>Hacia la primera sesión del Sínodo sobre sinodalidad</i>	48

EL OBISPO

signo visible de unidad

Jesús fundó su Iglesia dotándola de una estructura, al elegir a los Doce Apóstoles con Pedro como su Cabeza (cf. Mc 3,14-16). Los Obispos, sucesores de los Apóstoles, constituyen un Colegio, cuya cabeza es el Papa, sucesor de san Pedro (CIC 330). Este Colegio ejerce sus funciones de muchas maneras, una de ellas es a través de las Conferencias Episcopales que existen en las distintas naciones (CIC 336).

Una Diócesis es una porción del pueblo de Dios, cuyo cuidado pastoral se confía al Obispo con la colaboración del presbiterio, y que constituye una Iglesia Particular en la cual existe y actúa la Iglesia de Cristo.

Todo Obispo es sucesor de los Apóstoles, representante sacramental de Cristo pastor como cabeza de la Iglesia diocesana que le ha sido encomendada, la cual forma parte del Colegio Episcopal en comunión con el Papa y participando de su preocupación por la Iglesia universal. Tiene la función de maestro auténtico de la fe, liturgo y pastor, para presidir la pastoral diocesana y apacentar al pueblo de Dios, con la cooperación de su presbiterio. Representa a su Diócesis en todos los asuntos jurídicos.

El Espíritu Santo sigue ubicando a las personas en los caminos y rumbos con que las estructuras pastorales, en su movimiento de servicio a las comunidades, siguen construyendo el Reino de Dios en el mundo.

Según los datos de la Iglesia católica emitidos por Agencia Fides al terminar el año 2022, podemos tener una panorámica estadística de la Iglesia en el mundo. Según estas cifras, el número de católicos en el mundo es de 1 millón 359 mil 612. El mayor porcentaje de católicos corresponde a América con el 63.9 %, seguido por Europa con 39.6 %, luego Oceanía con 25.9 %, África con 19.3 % y por último Asia con el 3.3 %. En lo que se refiere al número de Obispos, la Iglesia cuenta con 5,363 repartidos en 3,027 circunscripciones eclesiológicas. Obviamente que, por el número de católicos, América es la que cuenta con más Obispos, 2,022 en total. En cuanto al número de sacerdotes, la Iglesia católica cuenta con 410,219 sacerdotes en todo el mundo. El mayor número se encuentra en Europa, seguido por América, luego África, Asia y por último, Oceanía. Estas estadísticas nos hablan de la ingente labor misionera y pastoral que tienen que realizar los Obispos y presbíteros en la Iglesia junto con los laicos.

Pero la frialdad estadística reduce a las personas a meras fichas de tablero o piezas de máquina de producción. La persona es lo más importante, con su historia, su contexto y sus relaciones. Los organismos de servicio están integrados por personas y al servicio de las personas. No podemos desconocerlas ni aislarlas.

Después de presentar esta panorámica, hablemos del ministerio de los Obispos, ya que nuestra Iglesia Diocesana cumplió el pasado 26 de abril, un año de ser gobernada interinamente por un Administrador Apostólico, el cual el 1 de julio cumplió ya un año de haber tomado posesión de su nueva sede, y nosotros permanecemos en estado de sede vacante, expectantes de la llegada de un nuevo Obispo.

Si bien, Jesucristo permanece en la Iglesia y la asiste a través del Espíritu Santo, ha querido desde el inicio asociar a los hombres en esta obra de redención. Por disposición de Jesucristo, san Pedro y los demás apóstoles forman el "Colegio apostólico", y sus sucesores son los Obispos, principio y fundamento visible de unidad en las Iglesias particulares. A ellos les toca ejercer su gobierno pastoral asistidos por los presbíteros y los diáconos, y la colaboración de tantos laicos comprometidos. Toca a los Obispos la función de enseñar, santificar y gobernar al Pueblo de Dios, con la autoridad de Cristo.

En México, actualmente hay un total de 170 Obispos entre Arzobispos, Obispos residenciales, Obispos prelados, Administradores diocesanos, Obispos auxiliares, Eparcas, Arzobispos y Obispos eméritos. Según este dato, habría en México 126 Obispos -o su equivalente- realizando este ministerio tan importante en la Iglesia y 44 Obispos eméritos. Actualmente 5 Diócesis están en espera de su Obispo propio: Mexicali, San Juan de los Lagos, Tenancingo, Tacámbaro, y la Prelatura de El Nayar.

Seguimos en espera del cumplimiento de la profecía: "Les daré pastores según mi corazón" (Jer 3,15).

Muy estimados hermanos en Cristo:

En el año pastoral que hemos concluido, pusimos énfasis en tomar conciencia de nuestro compromiso bautismal, no de una manera intimista, sino proyectado en programas y acciones concretas de vida cristiana, comprometidos en la reconstrucción del tejido social.

Cuando nos referimos a reconstruir el tejido, dejamos en evidencia que algo está roto o frágil, o a punto de romperse y destruirse. Al agregar la palabra "social", queremos expresar que la sociedad actual, con su forma de ser y vivir, está sufriendo rupturas, se ha deshilado, ya no cubre y protege a sus familias, también rotas y divididas.

Lo mismo decimos si nos referimos al tejido eclesial: las redes de nuestra evangelización ya no pescan, por más que trabajamos toda la noche (cf. Lc 5,1-11). Como los apóstoles, parte de nuestro llamado es remendar las redes rotas para atraer más gente a la Iglesia, y remendar el manto materno de la Iglesia, ahora deshilado, para que, con misericordia y compasión, manifestemos los mismos sentimientos de Cristo, que se compadece de las multitudes, las alimenta y les anuncia la Buena Nueva (cf. Mt 9,36-38).

Creemos y confiamos que apuntando a la reconstrucción artesanal del tejido social podemos diseñar estrategias, programas y acciones que construyan la paz. Proponer directamente la "paz" nos permite reconocer la presencia del Resucitado, que, con su nueva vida, ofrece el don de la paz, así lo hace con sus discípulos, aquellos que, encerrados por miedo, con temor, acobardados, son saludados reiteradamente por el Resucitado con "La paz esté con ustedes" (cf. Lc 24,35-48).

Este trabajar y ser constructores de paz, no consiste solamente en suprimir toda clase de conflictos, sino que es un proceso de reconstrucción de los vínculos comunitarios rotos y la creación de condiciones culturales, ambientales, familiares y eclesiales para una buena convivencia.

La Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica (CODIPAL), en sintonía con nuestro itinerario pastoral, nos invita a redescubrir toda la riqueza que existe en algunas partes de la Celebración Eucarística, y con ella su estrecha relación que tiene con la vida de la persona y el compromiso que conlleva en hacer vida aquello que se celebra, así es la invitación final del que preside la Eucaristía cuando despide a la asamblea.

Como Iglesia, Pueblo de Dios, Discípulos del Señor, no podemos manifestarnos indiferentes ante lo que acontece en nuestro entorno. Así nos invita San Pablo: "Alégrense con lo que se alegran y lloren con los que lloran... tengan el mismo sentir (pensar) unos con otros (cf. Rm 12,15-16), que equivale a la súplica que pedimos en la Plegaria Eucarística III por diversas necesidades -inspirados en el Concilio Vaticano II-: "Haz que todos los fieles de la Iglesia sepan discernir los signos de los tiempos a la luz de la fe y se consagren plenamente al servicio del Evangelio. Concédenos estar atentos a las necesidades de todos los hombres, para que, participando en sus penas y angustias, en sus alegrías y esperanzas, les anunciemos fielmente el mensaje de la salvación y con ellos avancemos en el camino de tu Reino".

"Es necesaria y urgente una viva y verdadera actuación de nuestra parte, buscando así ser imagen del buen samaritano (Lc 10,25-37), de la invitación de Jesús a sus discípulos a actuar "Denles ustedes de comer" (Lc 9,13), o del juicio último "lo que hicieron con el más insignificante de mis hermanos, lo hicieron conmigo" (Mt 25,31-46). Que nuestro compromiso cristiano, nuestra participación plena, consiente y activa en cada celebración, y nuestro buen corazón, nos mueva siempre actuar buscando el bien, nos fortalezca nuestra fe y nos aliente en nuestra vida cristiana.

Que nuestra Señora de San Juan, Madre y Patrona de nuestra Diócesis, nos siga conduciendo al encuentro de su Hijo Jesucristo, y que sus palabras también resuenen en nuestro corazón "Hagan lo que Él les diga" (Jn 2, 1-11).

+ MONS. JORGE ALBERTO CAVAZOS ARIZPE
Arzobispo de San Luis Potosí y
Administrador Apostólico de San Juan de los Lagos

JESÚS REVIVIÓ A LA NIÑA, COMO A LA HIJA DE JAIRO

(Pbro. Francisco Escobar Mireles)

Mientras iban a hacer los trámites para la sepultura de la niña muerta de los cirqueros ambulantes, los vecinos, encabezados por Ana Lucía, más que rezar por su eterno descanso, suplicaban a María que reviviera esa tierna vida, que podía ser tan útil todavía al mundo. Y este pueblo fue testigo de un milagro como el que realizó Jesús en Cafarnaúm: la resurrección de una joven de 12 años, relatado por los evangelistas Marcos, Mateo y Lucas.

Era hija de Jairo, un rabino de Cafarnaúm, buen hombre, involucrado con los poderes religiosos que envidian y odian a Jesús. Enferma y morirá, los médicos en vano intentan ayudarla. Jairo, devastado, desesperado por ayudar a su niña, corre a encontrar a Jesús, se postra y clama: "Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que se salve y viva". No le importa que sus amigos lo observen y lo expulsen de su sinagoga. ¡Su hija está muriendo y él sabe que Jesús puede ayudar!

No sabemos la enfermedad de la joven, ni su nombre, ni si sufre accidente o una rara enfermedad grave, si tiene amigos o novio. Lo que sí sabemos es que es una joven, con toda la vida por delante, tal vez hija única, adolescente de 12 años, cuyo riguroso padre le ha iniciado en la espera del Mesías y el cumplimiento de la Ley. Jairo significa "El que ilumina" o "El iluminado". Conoce a la perfección los 613 preceptos de la Ley, cumple cabalmente el sábado, y su función era "iluminar" al pueblo de Dios. Pero ahora está en la más absoluta tiniebla y desesperación; esa llama se extingue sin remedio.

¿Le ha dedicado tiempo a su hija? Consolando a los de fuera ¿en su hogar mueren de deseos de tener un papá con tiempo también para sus hijos, no sólo para los demás? Anorexia y bulimia son dos grandes trastornos que aquejan a muchos jóvenes, y cuyo origen es soledad, falta de aceptación, baja autoestima, poco cariño y ausentismo paterno en sus crisis y conflictos... Se van apagando en el sentimiento de soledad y abandono, su cuerpo y su mente van desapareciendo, pierden las ganas de vivir, de convivir, de comer... Cuántos jóvenes hoy mueren por falta de atención de sus padres, de cariño y amor.

Este rabino pide ayuda a Jesús, exponiéndose a perder su buena relación con sus colegas. Hace a un lado prejuicios, se arriesga. Tal vez porque la madre le exige, por la vida y salud de su única hija. La fe debe superar los obstáculos. ¡Qué difícil para el orgullo humano reconocer que necesitamos a



Dios, a quien muchas veces ignoramos o menospreciamos, y pasar por encima del "qué dirán" para acercarnos a Jesús! Pero el dolor y desesperación al ver a su pequeña amenazada por la muerte, lo lleva a suplicar.

En el camino Jesús se entretiene hablando con una mujer sin nombre por su pobreza, olvidada, marginada, enferma durante los mismos años de la hija de Jairo, y la cura de sus 12 años de hemorragia. Jesús no hace acepción de personas por su rango. Jairo está seguro que ayudará a su hija, aunque ya deba estar muerta (Mt 9,18). ¿Podrá todavía hacer algo por ella? Y llegan unos hombres de la casa de Jairo y le dicen: "Tu hija ya murió, ¿para qué molestar más al Maestro?" (Mc 5,35). La noticia lo deja destrozado. Este hombre, tan respetado en la comunidad, se siente completamente impotente ante esta situación. La lapidaria frase: "Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas más al Maestro?", congela sus esperanzas ... ¿Qué pasó, Jesús? Vine a humillarme ante ti, te supliqué que me escucharas. Soy un hombre importante. Preferiste a esta mujer impura. ¡Qué decepción! ¡Su única hija acaba de morir!

Jesús oye lo que le dicen, lo mira y lo anima: "No temas, solo demuestra fe" (Mc 5,36). Y lo acompaña hasta su casa. ¡Qué eternos parecen aquellos momentos de camino de su casa, en una angustia inimaginable, con tantos contratiempos! Al llegar, se encuentran con los ritos de duelo: la gente está llorando, gritando y golpeándose el pecho de tristeza. Jesús entra y les sorprende: "La niña no ha muerto, está dormida" (Mc 5,39). Al oír eso, la gente se burla, porque sabe que la niña está muerta, y concluyen que Jesús no sabe lo que dice. Pronto se darán cuenta que son ellos quienes no saben lo que dicen. Jesús hace salir de la casa a todos, excepto a Pedro, Santiago, Juan y los padres de la niña. Van hasta donde está la pequeña y Jesús, tomándola de la mano, le dice: "Tálitha cúmi": "pequeña, a ti te digo: ¡levántate!" (Mc 5,41). Al instante, la niña se levantó y empezó a caminar. ¡Estaba viva! ¡Qué cara ponen los incrédulos cuando la niña sale de la habitación! Nuevamente, Jesús prueba que Él es Dios en carne humana, y tiene poder sobre todo, ¡hasta sobre la muerte! ¡Qué alegría sienten Jairo y su esposa! Jesús pide que den a la niña algo de comer, dando así una prueba más de que está viva.

Cuando las cosas llegan a un límite extremo, parece que Jesús no nos escucha, pero

Él tiene la última palabra. Cuando ya no hay más que hacer, los que niegan a Dios nos desaniman porque no se ocupa de nosotros, y culpan a Jesús. Por su misericordiosa compasión, sana enfermos como señal de la llegada del Reino, y nunca le da la espalda a una sola necesidad. Mas lo más importante es el mensaje del evangelio, no sanar a una multitud. Por eso le da prioridad.

¿Por qué permite Jesús que la hija de Jairo muera? Quiere enseñar a Jairo un principio: donde hay fe, el Señor la prueba para que crezca. Jairo debe comprender que Jesús tiene poder para curar y hasta resucitar a los muertos. Algo similar en el caso de Lázaro: Jesús se queda dos días (Jn 11,3-6), para enseñarles que Él es la resurrección y la vida (Jn 11,21-27). En Marcos 5 Jesús levanta a la niña de entre los muertos para demostrar su poder, mostrarse a sí mismo como el autor de la vida y resaltar su papel como mayor que Eliseo.

Jesús, al lado de la niña, opera su poder a su debido tiempo. Eliseo resucita a un niño en una situación muy similar, pero lleno de pánico corre a la cama del niño y frenéticamente intenta como puede de resucitarlo (2Re 4). Jesús simplemente toma la mano de la niña y le susurra al oído. En su memoria queda aquel "talita kumi" toda su vida. El amor, la dulzura, el cariño con que Jesús dice esas palabras no llegan a borrarse nunca de su mente. La muerte es como un sueño del que finalmente nos despertará el Señor en su venida (1Ts 4,14-17). Con esas mismas cariñosas palabras su Madre despertaba cada día a Jesús.

Jesús dice a los padres: denle de comer! Es decir, préstensele atención, hablen con ella, no la dejen morir. Un pueblo comienza a ser pueblo cuando cada uno de sus miembros rompe con los miedos de fuera y de dentro, y se atreve a andar hacia la liberación. No hay nada imposible para Dios. Nuestra fe en todo momento se ponga en las manos de Dios, para que cada día creamos en que no hay nada imposible para Él. Muchos no creen lo que Dios puede hacer en nuestras vidas.

LA MUJER

EN LA VIDA DE LA IGLESIA

Adentrarnos a descubrir la importancia de las mujeres en la vida activa de la Iglesia podría parecer novedoso pero en realidad a lo largo de la historia de dicha institución podemos descubrir cómo su papel ha sido relevante. Sin embargo, la cuestión en juego es que su labor o su presencia no ha sido del todo valorada o reconocida.

En la Sagrada Escritura encontramos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, mujeres que influyeron en el pueblo, valerosas y firmes en su carácter y en su fe. La mujer del Antiguo Testamento enfrenta grandes momentos decisivos en la vida y existencia del pueblo, es el caso de Rut, una extranjera que se adhiere a la fe de Israel; y las judías Ester y Judit, que con sus firmes convicciones de fe en el único Dios y Señor hacen posible la victoria de Yahvé sobre los demás pueblos. Así pues, el Antiguo Testamento presenta a estas mujeres como un ejemplo de valentía y fe heroica que aún permanecen en el pueblo judío.

En el Nuevo Testamento se resalta de manera significativa la figura de María, que escuchando el designio de Dios a través del Arcángel, se adhiere al proyecto de ser la madre del salvador (cf Lc 1, 26-38). Durante su vida pública, Jesús, junto al grupo de sus apóstoles, en el grupo de los discípulos, le sigue un grupo de mujeres. Imposible olvidar el momento en que le presentan a una mujer sorprendida en adulterio para que Jesús avalara lo escrito en la ley de Moisés: ser apedreada. Sin embargo, ante la sorpresa de todos, Jesús, luego de escribir en el suelo se levanta y no le condena (cf Jn 8,1-11).

(P. Luis Jairo Hernández Pérez)

Tiene un claro y adecuado lugar para la mujer. Es verdaderamente significativo que las mujeres sean las primeras testigos de la Resurrección. Son las primeras en llegar al sepulcro; las primeras que lo encuentran vacío; las primeras que oyen: «No está aquí, ha resucitado como lo había anunciado» (Mt 28,6); son las primeras en abrazarle los pies (cf. Mt 28,9); y son igualmente las primeras en ser llamadas a anunciar esta verdad a los apóstoles (cf. JUAN PABLO II, *Mulieris Dignitatem...*, n. 16).

El testimonio de los evangelios es unívoco al respecto. La actitud de Jesús fue tan original en las palabras, en los gestos, en la acogimiento, en la estima, en el respeto, en la valoración de las mujeres que cualquier estudioso contemporáneo no titubea en definir a Jesús como un auténtico feminista ante litteram, si por feminista se entiende [...] una persona que está a favor de la igualdad entre hombres y mujeres, que sostiene y promueve su causa, que recomienda tratar a la mujer esencialmente como una persona humana y que, haciendo esto, termina por ir en contra de las costumbres sociales vigentes (SWIDLER, LEONARD, *Il Gesù degli Evangeli era femminista, in Crisi dell'antifemminismo*, Mondadori, Milán, 1973, p. 135.) Se asume pues que la instauración

del Reino lleva consigo una postura diferente en la que todos somos partícipes. Tanto hombres como mujeres están llamados gozar del cumplimiento de las promesas hechas por Dios a su pueblo.

La "igualdad" evangélica, la "igualdad" de la mujer y del hombre en relación con "las maravillas de Dios", tal como se manifiesta de modo tan límpido en las obras y en las palabras de Jesús de Nazaret, constituye la base más evidente de la dignidad y vocación de la mujer en la Iglesia y en el mundo. Toda vocación tiene un sentido profundamente personal y profético. Entendida así la vocación, lo que es personalmente femenino adquiere una medida nueva: la medida de las "maravillas de Dios", de las que la mujer es sujeto vivo y testigo insustituible (*Mulieris Dignitatem*, 16).

Por lo tanto la Iglesia fiel a la llamada del Señor y contemplando el testimonio de su maestro, reconoce y valida a través del Magisterio la grandeza, dignidad y ejemplo de fe de las mujeres. La enseñanza de los Papas ha buscado y buscará dar con gran esfuerzo y prudencia una reconocida admiración a la labor de la mujer en el trabajo evangelizador de la Iglesia.

Pablo VI en un mensaje dirigido a las mujeres dijo: La Iglesia está orgullosa, ustedes lo saben, de haber elevado y liberado a la mujer, de haber hecho resplandecer, en el curso de los siglos, en la diversidad de sus caracteres, su innata igualdad con el hombre. Pero llega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer llega a su plenitud, la hora en que la mujer ha adquirido en el mundo una influencia de peso, un poder jamás alcanzado hasta ahora. Por eso, en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto a la humanidad a no degenerar. Ustedes las mujeres, tienen siempre como misión la guarda del hogar, el amor a las fuentes de la vida, el sentido de la cuna. Están presentes en el misterio de la vida que comienza. Consuelan en la partida de la muerte [...] reconcilien a los hombres con la vida [...] les suplicamos por el provenir de nuestra especie [...] Mujeres, ustedes que saben hacer la verdad dulce, tierna accesible, dedíquense a hacer penetrar el espíritu de este Concilio en las instituciones, escuelas, hogares y en la vida de cada día. Mujeres del universo todo, cristianas o no creyentes, a ustedes, que les está confiada la vida, en este momento tan grave de la historia, ustedes deben salvar el mundo (Mensaje del Concilio a toda la humanidad, 7 septiembre 1965, en VATICANO II, Documentos..., pp. 597-598.)

Así pues se manifiesta a partir de este acontecimiento, cómo la Iglesia y los Papas se preocupan por la posición de la mujer y su función dentro de la

Iglesia. Juan Pablo II es uno de los Papas que acentúa el valor y dignidad de la mujer. La *Mulieris Dignitatem*, junto con la *Familiaris Consortio*, la *Christifideles Laici* y la *Redemptoris Mater*, no sólo ratifican el valor y dignidad de la mujer y su igualdad con el hombre en el plan divino y social, sino que piden que participe más en la vida eclesial y desarrollo de la fe. Por ejemplo, en el documento *Mulieris Dignitatem* el Santo Padre menciona que la Iglesia defendiendo la dignidad de la mujer y su vocación ha mostrado honor y gratitud para aquellas que han participado en todo tiempo en la misión apostólica del Pueblo de Dios. Se trata de santas mártires, vírgenes, madres de familia, que valientemente han dado testimonio de su fe, y educando a los propios hijos en el espíritu del Evangelio han transmitido la fe y la tradición de la Iglesia (*Mulieris Dignitatem*, 27).

Ahora miramos nuestro contexto eclesial actual con el Papa Francisco, quien ha dado un posicionamiento certero sobre lo que la mujer aporta a la Iglesia. En puestos fundamentales de la Curia Vaticana ha nombrado a mujeres para que lleven a cabo la misión de ayudarle en la guía de la Iglesia. El aumento del número de mujeres empleadas es aún más pronunciado si se considera exclusivamente la Santa Sede, es decir, la Curia Romana. Aquí, el porcentaje de mujeres ha pasado del 19,3% al 26,1% en los últimos diez años. Esto significa que más de uno de cada cuatro empleados de la Santa Sede es ahora una mujer. En sus diez años de pontificado, el Papa Francisco ha aumentado la presencia, visibilidad e influencia de las mujeres en el Vaticano. Varias veces, sin embargo, ha advertido del peligro de considerar la tarea de las mujeres en la Iglesia y en el Vaticano desde un punto de vista puramente funcionalista. En "Volvamos a soñar", Francisco describió como un reto para él "crear espacios en los que las mujeres puedan asumir el liderazgo de una manera que les permita dar forma a la cultura y garantice que sean valoradas, respetadas y reconocidas". Al trazar un camino a favor de las mujeres, Francisco quiere que Roma se convierta en un modelo para la Iglesia universal (8 marzo 2023).

Nos corresponde como Iglesia favorecer los espacios propicios para la misión de la mujer en la Iglesia ya que ellas pueden participar como agentes activos y cualificados en muchos ámbitos de la sociedad, de la cultura, de la política y de esta manera confiando y creyendo en ellas, reconociéndolas y promovéndolas juntos como familia de Iglesia seguir construyendo el Reino de Dios.

Discurso del Papa Francisco a los participantes en el Green And Blue Festival, en el Día Mundial Del Medio Ambiente «Earth For All» (5 De Junio De 2023)*.

(P. Jorge Luis Aldana Ruiz Esparza)

Han pasado más de cincuenta años desde la primera gran Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, inaugurada en Estocolmo el 5 de junio de 1972. Con ella se iniciaron diversas asambleas que convocaron a la comunidad internacional para debatir cómo gestiona la humanidad nuestro hogar común. Por eso el 5 de junio se convirtió en el **Día Mundial del Medio Ambiente**. No olvido que, cuando fui a Estrasburgo, el entonces Presidente Hollande había invitado a la Ministra de Medio Ambiente, Ségolène Royal, a recibirme, y allí me dijo que había oído que estaba escribiendo algo sobre el medio ambiente. Le dije que sí, que estaba pensando con un grupo de científicos y de teólogos. Y me dijo lo siguiente: «Por favor, publíquelo antes de la Conferencia de París». Y así se hizo. Y París fue una reunión realmente buena, no por este artículo mío, sino porque la reunión fue de alto nivel. Después de París, por desgracia... Y eso me preocupa.

Muchas cosas han cambiado en este medio siglo; baste pensar en el advenimiento de las nuevas tecnologías, en el impacto de fenómenos transversales y globales como la pandemia, en la transformación de una «sociedad cada vez más globalizada que nos hace vecinos, pero no nos hace hermanos» (Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 19). Hemos asistido a una «creciente sensibilidad respecto al medio ambiente y al cuidado de la naturaleza», madurando «una sincera y dolorosa preocupación por lo que le sucede a nuestro planeta» (Laudato si', 19).

Los expertos dejan claro que las decisiones y acciones que se tomen en esta década tendrán repercusiones durante miles de años (IPCC, *Climate Change 2023 Synthesis Report, Summary for Policymakers*, C. 1., p. 24.). Se ha ampliado nuestro conocimiento sobre el impacto de nuestras acciones en nuestra casa común y en quienes la habitan y la habitarán. Esto también **ha aumentado nuestro sentido de la responsabilidad ante Dios, que nos ha confiado el cuidado de la creación, ante nuestro prójimo y ante las generaciones futuras.**

«Mientras que la humanidad del periodo postindustrial será recordada quizá como una de las más irresponsables de la historia, cabe esperar que la humanidad de principios del siglo XXI sea recordada por haber asumido generosamente sus graves responsabilidades» (Laudato si', 165).

El fenómeno del cambio climático nos recuerda con insistencia nuestras responsabilidades: afecta sobre todo a los más pobres y frágiles, a los que menos han contribuido a su desarrollo. Es primero una cuestión de justicia y después de solidaridad. El cambio climático también nos recuerda que debemos basar nuestra acción en la cooperación responsable de todos: nuestro mundo es ahora demasiado interdependiente y no puede permitirse el lujo de estar dividido en bloques de países que promueven sus propios intereses de forma aislada o insostenible. «Las heridas causadas a la humanidad por la pandemia del covid-19 y el fenómeno del cambio climático son comparables a las

resultantes de un conflicto mundial» (Mensaje al Presidente de la COP26, 29 de octubre de 2021), donde el verdadero enemigo es un comportamiento irresponsable que repercute en todos los componentes de nuestra humanidad de hoy y de mañana. Hace unos años vinieron a verme los pescadores de San Benedetto del Tronto, que en un año consiguieron retirar del mar ¡doce toneladas de plástico!

Como «después de la Segunda Guerra Mundial, hoy es necesario que toda la comunidad internacional haga de la puesta en práctica de acciones colegiadas, solidarias y clarividentes una prioridad» (Mensaje al Presidente de la COP26, 29 de octubre de 2021), reconociendo «la grandeza, la urgencia y la belleza del desafío que tenemos ante nosotros» (Laudato si', 15). **Un desafío grande, urgente y hermoso que requiere una dinámica cohesionada y proactiva.**

Un desafío «grande» y exigente, **porque requiere un cambio de rumbo, un cambio decisivo en el modelo actual de consumo y producción, demasiado a menudo impregnado de la cultura de la indiferencia y del despilfarro**, despilfarro del medio ambiente y despilfarro de las personas. Hoy han venido los grupos de McDonald's, la cadena de restaurantes, y me han dicho que han suprimido el plástico y todo se hace con papel reciclable, todo... En el Vaticano está prohibido el plástico. Y hemos conseguido un 93%, me dijeron, sin plástico. Estos son pasos, pasos reales que tenemos que continuar. Pasos reales.

Además, como indican muchos en el mundo científico, el cambio de este modelo es «urgente» e inaplazable. Un gran científico dijo hace poco -algunos de ustedes seguro que estaban allí-: «Ayer nació una nieta mía; no me gustaría que dentro de treinta años mi nieta estuviera en un mundo inhabitable». Debemos hacer algo. Es urgente, es inaplazable. Debemos consolidar «el diálogo sobre cómo estamos construyendo el futuro del planeta» (Laudato si', 14), bien conscientes de que vivir «la vocación de ser custodios de la obra de Dios es parte esen-

cial de una existencia virtuosa, no algo opcional ni siquiera un aspecto secundario» (Laudato si', 217) de nuestra experiencia vital.

Se trata, pues, de un reto «hermoso», estimulante y realizable: **pasar de una cultura del despilfarro a estilos de vida marcados por una cultura del respeto y del cuidado, del cuidado de la creación y del cuidado del prójimo, cercano o lejano en el espacio y en el tiempo. Estamos ante un itinerario educativo para una transformación de nuestra sociedad, una conversión a la vez individual y comunitaria (Laudato si', 219).**

No faltan oportunidades e iniciativas que pretenden tomarse en serio este reto. Saludo aquí a los representantes de algunas Ciudades de varios Continentes, que me hacen pensar en cómo este reto debe abordarse, de manera subsidiaria, a todos los niveles: desde las pequeñas opciones cotidianas hasta las políticas locales, pasando por las internacionales. Una vez más, hay que recordar la importancia de una cooperación responsable a todos los niveles. Necesitamos la contribución de todos. Y esto cuesta dinero. Recuerdo que aquellos pescadores de San Benedetto del Tronto me decían: Para nosotros, la elección fue un poco difícil al principio, porque traer plástico en lugar de pescado no nos daba dinero. Pero había algo: ese amor por la creación era mayor. Aquí está el plástico y el pescado... Y así siguieron adelante. Pero ¡cuesta dinero!

Es necesario acelerar este cambio de rumbo a favor de una cultura del cuidado -de cómo se cuida a los niños- que ponga en el centro la dignidad humana y el bien común. Y que se nutra de «esa alianza entre los seres humanos y el medio ambiente que debe reflejar el amor creador de Dios, de quien venimos y hacia quien caminamos» (Benedicto XVI, Caritas in veritate, 50).

«No robemos a las nuevas generaciones la esperanza en un futuro mejor» (*Videomensaje a la High level virtual Climate ambition Summit, 12 de diciembre de 2020*). *Gracias por todo lo que hacen.*

400 Años de Milagros, de Piedad y de Amor a través de una imagen, resucitada y resucitadora

Octava Parte:

EL PRIMER MILAGRO

(P. Jaime Fonseca)

Y sucedió, que, en el año de mil seiscientos veintitrés, una familia de volantineros (cirqueros) pasó por la pequeña población de San Juan de los Lagos, venían de San Luis Potosí y se dirigían a Guadalajara, capital de la Nueva Galicia, siendo en ese momento el párroco de Jalostotitlán D. Diego Herrera, jurisdicción eclesiástica a la que pertenecía San Juan.

El informe del primer milagro se realiza en el año de 1634, once años después del primer milagro, según nos lo cuenta el Sr. Bachiller Dn. Juan Contreras Fuerte¹ nos dice que “la hija menor, al dar la voltereta se mató,”² “ya que su padre les enseñaba a voltear y hacer pruebas sobre espadas y dagas,”³ los únicos testigos del acontecimiento fueron los indígenas que habitaban la población y españoles y sacerdotes encargados del Pueblo de San Juan, que el acontecimiento se realizó mientras la familia ensayaba su función.

La madre de la niña estaba desconsolada, amortajaron a la niña para darle cristiana sepultura y mientras esperaban que llegaría el sacerdote, Ana Lucia, indígena del lugar y encargada de la capilla: “compadecida de su trabajo y dolor, le dijo a su madre, que le traería una imagen de Nuestra Señora que ella tenía; trájola... la resucito a la media noche y quedó viva”⁴.

Ana Lucia había colocado la imagen de la Cihualpilli,⁵ sobre el pecho de la niña ya amortajada y “al poco rato, le vieron bullirse la dicha niña. Con que le cortaron, a toda prisa, las ligaduras y quitaron la mortaja y se levantó buena y sana”⁶.

“Quedándole, en testimonio de verdad, en la redondez de la garganta, una señal rosada por donde habían pasado los filos de la daga”⁷.

La familia agradecida por tan grande portento y viendo lo dañada en que se encontraba la imagen deciden solicitar el permiso para llevarla a Guadalajara a restaurar.

¹ Juan Contreras Fuerte, nació en Santa Fe (Bogotá), Reino de Granada (Colombia), el año de 1608. Y vino a México con el Sr. Obispo Don Leonel Cervantes de Carvajal, quien primero fue consagrado Obispo de Santa Marta, Colombia; después lo fue de Santiago de Cuba y, finalmente, en 1631, vino el joven Juan acompañándole como “familiar” a su nuevo destino, al Obispado de Guadalajara, en el Reino de la Nueva Galicia. Jaime Enrique GUTIÉRREZ GUTIÉRREZ, José Everardo LÓPEZ PADILLA, Los Guardianes de Nuestra Señora de San Juan y los Gobernantes de su Pueblo, Guadalajara, Jalisco, impreso en Acento Editores, 2 de febrero de 2021, p. 42.

² Jaime E. GUTIÉRREZ GUTIÉRREZ, Everardo LÓPEZ PADILLA, Suma Historia de Nuestra Señora de San Juan 1542 - 1972, Guadalajara, Jalisco, Impreso en casa Torba, 2018, p. 37.

³ Jaime E. GUTIÉRREZ GUTIÉRREZ, Válgame la Virgen de San Juan, Narración de los primeros milagros de la Virgen de San Juan de 1634 a 1734, Guadalajara, Jalisco, p. 11.

⁴ Archivo Histórico de la Diócesis de San Juan de los Lagos, Sección Catedral Basílica de Nuestra Señora de San Juan, Caja I, Documentos del XVIII, sobre el primer milagro de la Virgen de San Juan de los Lagos, folder 1, foja 2.

⁵ Cihualpilli, quiere decir Señora.

⁶ Jaime E. GUTIÉRREZ GUTIÉRREZ, Válgame la Virgen de San Juan, Narración de los primeros milagros de la Virgen de San Juan de 1634 a 1734, p. 18.

⁷ AHDSJL, Sección Catedral Basílica de Nuestra Señora de San Juan, Caja I, Documentos del XVIII, sobre el primer milagro de la Virgen de San Juan de los Lagos, folder 1, foja 2.

COMO IGLESIA NECESITAMOS UNA CONVERSION PASTORAL

(Equipo del Observatorio Pastoral)

Hemos crecido con la idea de que la conversión la necesitan los otros, los malos, lejanos, pecadores, sicarios, los grupos de la delincuencia organizada, una gran cantidad de políticos, y todo tipo de personas que se dedican a hacer el mal.

Pero pocas veces pensamos que también los buenos cristianos, incluidos los agentes de pastoral, Sacerdotes y jerarquía, benefactores, consagrados, militantes de movimientos, necesitamos vivir en permanente conversión pastoral, para que, más unidos a Cristo, recuperemos su cercanía testimonial y misionera; porque sólo encontrándonos con Cristo podemos vivir nuestro Bautismo y la misión que nos ha confiado para ser fieles a la dicha de nuestra fe. Ya el documento de Aparecida en el capítulo 7 (La Misión de los discípulos al servicio de la Vida plena), en su segundo inciso llama a la "Conversión pastoral y renovación misionera de las comunidades" (DA 365-372), porque es una realidad eclesial que necesita transformarse, para poder ser mejores transmisores de la fe y de la evangelización.

Tomo como referencia unas palabras del teólogo Brasileño Agenor Brighenti, así como las del cardenal Seán Patrick O'Malley.

Agenor Brighenti reflexiona sobre el tema "Nueva Evangelización e Iglesia en Salida". Después de explicar lo que significa Nueva Evangelización, un término que ha ido perdiendo vigencia, afirma que las cinco Conferencias Generales de Obispos y la Asamblea Eclesial, "dieron a la Iglesia en América Latina y El Caribe un rostro y una palabra propios".

En relación a Santo Domingo, afirmó que "fue la que tuvo menos incidencia en los procesos pastorales de la Iglesia en el continente", motivado por el proceso de "involución eclesial". "Aparecida es quien retoma la renovación del Vaticano II, aspecto que ha venido a recuperar la teología y el ministerio del Papa Francisco".

Ve la categoría "nueva evangelización" como creación de Medellín, recogida en la Exhortación Evangelii Nuntiandi, de Pablo VI en 1975. Un concepto que con el tiempo dejó de identificarse con la recepción del Vaticano II y asumió rasgos de "neocristiandad", marcada por "la implementación o expansión de la Iglesia, de defensa de la doctrina, de una evangelización de corte proselitista, postura típica de una 'Iglesia autorreferencial', cerrada sobre sí misma.

Según el teólogo brasileño, "esta concepción de 'nueva evangelización', disociada de su sentido original, tiene un fuerte impacto en Santo Domingo, más en su operacionalización que en su conceptualización". Frente a eso analiza la conversión pastoral de la Iglesia propuesta por Aparecida en cuatro ámbitos: autocomprensión de la Iglesia como Pueblo de

Dios; superación de una pastoral de conservación (cristiandad) y colectiva de neocristiandad; paso del binomio clero-laicos al binomio comunidad-ministerios, fundados en el Bautismo; abandonar estructuras caducas, piramidales, clericalistas y crear estructuras de comunión y participación.

En Santo Domingo, la categoría "conversión pastoral de la Iglesia", se limitó a un "ajuste pastoral", enfatizando el "anuncio del Kerigma", que olvida que "la evangelización implica un proceso mucho más complejo". "Para operacionalizar la nueva evangelización, con el protagonismo de los laicos, ya hubiera valido la pena Santo Domingo".

Por su parte, Rodrigo Guerra destaca de la reflexión de los obispos en Santo Domingo, "toda evangelización tiene que ser inculturación del Evangelio», "como forma real de responder al Misterio de la Encarnación a través del trabajo pastoral".

Reflexionó sobre la irreductibilidad de la persona de Jesucristo a una forma cultural concreta. Una Conferencia que llama a descubrir la importancia de la recuperación del kerigma, cuyo corazón es que Dios es misericordia, fuente de Salvación. Todo ello dejando claro que "el sujeto de la Nueva Evangelización es todo el sujeto eclesial".

La Iglesia llevó a cabo el primer gran impulso integrador en el continente, algo que se hizo realidad en el Concilio Plenario de América Latina celebrado en Roma en 1899, celebración tardía del IV Centenario del Descubrimiento, donde estuvo presente el Papa León XIII, considerado "punto de arranque de la adultez de la Iglesia latinoamericana". Aquí es donde encontramos la clave de la conversión pastoral, se trata de contar con cristianos y comunidades que van llegando a la edad adulta, que son capaces de vivir su misión laical, que tienen una fe sólida que los compromete con las causas sociales y que van llevando el Evangelio a todas las dimensiones de la vida humana.

La conversión, a nivel personal e institucional, está en el corazón del proceso de renovación y es esencial para lo que el Papa Francisco llama la "transformación misionera" de la Iglesia.

Debemos trabajar para que ese cambio se entienda en todos los aspectos de la vida de la Iglesia. El Papa Francisco nos ha pedido que comencemos el camino de la conversión reconociendo la verdad de lo ocurrido. Para ello, tenemos que hacer nuestro el enfoque de un corazón que escucha. Para lograr la conversión pastoral debemos reconocer con honestidad y transparencia a los que han sufrido abusos. La conversión pastoral requiere que nos alejemos de una actitud defensiva inadecuada que puede ser dañina e hiriente, adoptando en cambio una actitud de escucha profunda.

El Santo Padre sabe que reconocer los errores cometidos por los ministros de la Iglesia puede

hacernos sentir vulnerables. Pero la vulnerabilidad también puede experimentarse como un momento de gracia, un momento de kenosis, la experiencia de la acción de Dios en nuestro mundo, trayendo sanación y luz a un lugar oscuro, para que todos puedan vivir más libremente como discípulos y creyentes.

Al igual que el Señor va en busca de los perdidos y abandonados, también los sacerdotes, religiosos y laicos deben buscar el perdón de las personas que han sido heridas. Para los sacerdotes y religiosos, el proceso de conversión pastoral se sustenta en nuestra petición de perdón a todos los que han sido afectados por los abusos sexuales. La conversión pastoral es uno de los temas fundamentales en la "nueva etapa evangelizadora" que hoy la Iglesia está llamada a promover, para que las comunidades cristianas sean centros que impulsen cada vez más el encuentro con Cristo.

El Santo Padre indica: «Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: "¡Dénles ustedes de comer!" (Mc 6,37)».

La conversión de las estructuras, que la parroquia debe proponerse, requiere en primer lugar un cambio de mentalidad y una renovación interior, sobre todo de aquellos que están llamados a la responsabilidad de la guía pastoral. Para ser fieles al mandato de Cristo, los pastores, y en modo particular los párrocos, "principales colaboradores del Obispo", deben advertir con urgencia la necesidad de una reforma misionera de la pastoral.

El llamado a la conversión implica cambios dolorosos y renunciaciones. Estar dispuestos a cambiar es estar dispuestos a dejar que la Palabra inunde nuestro sentir y nuestro actuar; y a nivel eclesial, dispuestos a dejar que el Espíritu Santo nos lleve por donde Él considere conveniente, aunque eso signifique desprenderse de modelos a los que estamos acostumbrados. Quizás, el mayor problema de la conversión pastoral resida en desacostumbrar a los agentes de pastoral, moldeados bajo una forma de hacer las cosas que ya no es cuestionada ni revisada, sino que se realiza porque sí, bajo el pretexto de que lleva años sucediendo de la misma manera. Que Aparecida insite a la conversión no es un dato menor, ni mucho menos que la conversión esté dirigida, con gran énfasis, a la renovación misionera.

El buen samaritano y los factores de riesgo y protección en nuestra reacción como Iglesia ante los abusos

(Parte I)

*(Lic. Carolina Téllez Estrada.
Especialista en Protección de Menores.)*

La realidad de los abusos de poder, de conciencia, espirituales y sexuales, cometidos por miembros de la Iglesia, es una realidad interpelante que ha llevado a ir profundizando en la comprensión de las dinámicas que se generan alrededor de actos concretos y que requieren de manera puntual una respuesta contundente, una postura a favor de la dignidad humana.

En este artículo deseamos reflexionar en la profunda empatía y compasión que Jesús mostró, a lo largo de su vida, frente a aquellos que sufrían de diferentes males y lo que Él proponía como Buena Noticia: "El alivio al sufrimiento mostrando el Rostro Misericordioso del Padre".

Releyendo el texto de Lucas 10; 25-37 (la Parábola del Buen Samaritano), podemos encontrar los factores de riesgo en los que podemos caer y hemos caído al afrontar el dolor de las víctimas de abuso, representados por el Sacerdote y el Levita.

a) Indiferencia ante el sufrimiento.

Sea por casualidad o porque tenían que pasar por ahí, tanto el sacerdote como el levita, ambos personajes religiosos, se muestran indiferentes ante la tragedia, el sufrimiento, la necesidad de la víctima; ensimismados en sus deberes, incapaces de mirar más allá y de ponerse en contacto con la realidad que les rodean, tienen el corazón cerrado.

Esta primera reacción, lamentablemente, ha herido profundamente a las víctimas.

Una Iglesia que proclama la Buena Nueva para los que más sufren, pero se muestra indiferente ante

las víctimas, está ciega, se está perdiendo de la Misión que le fue encomendada y cada protagonista demuestra una cosa: han endurecido el corazón.

b) Desvío para evitar acercarse.

Ambos personajes se desvían, evitan a la víctima, no quieren ver sus heridas, ni volverse impuros con su sangre, al detenerse para auxiliarle.

Esta segunda reacción tiene que ver con el encubrimiento. Los asaltantes aparecieron y desaparecieron antes, pero tanto el sacerdote como el levita tienen la responsabilidad de ser Hombres de Dios, de aliviar el sufrimiento, de ayudar al necesitado, y se desvían para no hacerlo.

Hay pecados de acción y de omisión, pero si la indiferencia es un pecado, el encubrimiento es un delito, tanto en el ámbito del Estado como en el Canónico (de la Iglesia). El encubrimiento que se ha hecho a través de los cambios de lugar, de la sordera ante las denuncias, de las decisiones rápidas que ayuden a "deshacerse del problema" y "evitar el escándalo" es el verdadero escándalo. Porque la víctima ya está ahí.

Como sociedad tenemos más o menos la capacidad de comprender que la Iglesia la conforman seres humanos falibles, pero el desvío que ha conducido al encubrimiento y el silenciamiento, ha generado la sensación de complicidad, de hipocresía, de doble moral, de descrédito y ha propiciado que se generalice un señalamiento que tanto se quería evitar: "todos son iguales".

c) Pasar de largo para dejarles atrás.

El Sacerdote y el Levita continúan su camino, siguen con su itinerario, mantienen su ritmo, pero de ambos se afirma: "vio y pasó de largo".

No es que no se dieran cuenta de su presencia, no es que no notaran su sufrimiento, no es que fueran circunstancialmente ignorantes de su existencia, le vieron, y decidieron no hacer nada, es más, se desvían para pasar de largo.

La inacción frente a los abusos ha mandado mensajes equivocados a todos lados: a la propia Iglesia, la sensación de que se puede transgredir sin que haya consecuencias, que si hablas nadie hará nada, que no importan las víctimas, que existen ciudadanos de segunda...

Pasar de largo porque no es mi culpa lo

que le ha pasado, debió darse cuenta, poner límites, hablar antes, no comportarse así, ser mejor cristiano, seguro quiere dinero, ha de ser mentira... es lo que ha generado la crisis en la que nos encontramos. Un pecado de omisión y un delito que claman justicia al cielo.

Todos podemos ser el sacerdote y el levita.

Vamos un paso más allá, porque esto es para todos los que nos decimos católicos y por tanto Iglesia.

Indiferencia ante el sufrimiento, desvío para evitar acercarse y pasar de largo para dejarles atrás no son solo factores de riesgo y errores cometidos por personas consagradas (sacerdotes, religiosos y religiosas), son actitudes de riesgo que cada uno de nosotros podemos estar cometiendo, portándonos con indiferencia, encubriendo a través de la minimización, trivialización o culpabilización de las víctimas.

No hacer nada cuando nos enteramos de un abuso, para cuidar el buen nombre de la Iglesia, (o del papá, o del tío, o del primo...) para que se olvide más pronto, para evitar problemas, es una gran tentación y conduce a la traición de nuestros valores fundamentales y la religión que decimos profesar.

Todos estamos en este mismo barco llamado Iglesia, y todos podemos tener la tentación de generar una mayor tragedia en la vida de las víctimas al actuar de estas maneras y contribuir en detrimento de la dignidad humana de cada hermano y hermana lastimada.

Jesús en la Parábola del Buen Samaritano, está respondiendo a la pregunta de ¿quién es mi prójimo? a un Maestro de la Ley que quería tenderle una trampa; y hoy nos pregunta, a ti, a mí, a todos... ¿Quién de los tres te parece que se portó como prójimo del hombre que cayó en manos de los asaltantes? Y todos sabemos cuál es la respuesta, pero la pregunta personal es ¿y tú, estás haciéndote prójimo?

Jesús anuncia y denuncia... y nos invita a tomar conciencia de ¿qué tan endurecido está nuestro corazón?, nos acusa de indiferencia al minimizar la tragedia y tomar posturas ambiguas o encubridoras, pero con esa pericia amorosa que invita siempre a la conversión... pues nunca es tarde, para verdaderamente amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Más allá de las fachadas: La transición pastoral

En una cierta comunidad de algún lugar del planeta, recién acababa de llegar el nuevo párroco y durante el festejo de bienvenida fueron muchos quienes se presentaron ante el Señor Cura, dando a conocer su nombre, su oficio y mostrando estar dispuestos para colaborar con él en lo que necesitara.

Lo anterior llenó de alegría al recién llegado, agradeciendo a Dios por la disponibilidad que encontraba entre las personas, así que pronto comenzó a trazar su plan de acción para la parroquia.

En su primera misa dominical en la comunidad, aprovechó para convocar a todos los que le habían ofrecido su ayuda para tener una reunión y dar a conocer los planes que tenía para la parroquia.

El día de la reunión todos estaban allí y el recién llegado párroco comenzó a hablarles de las acciones pastorales que planeaba implementar, de pronto una mano se alzó y un hombre, puesto en pie, pidió la palabra, el párroco accedió y el hombre dijo en voz alta: Disculpe padrecito, pero yo soy el albañil, solo quería saber cuál barda va a querer usted que tumbe o qué puerta quiere que cierre y cuál otra vuelva a abrir.

Uno más exclamó, yo soy el pintor y solo quiero saber de qué color se pintará ahora la parroquia; soy soy el cerrajero y estoy listo para cambiar toda la herrería... y así, uno a uno, fueron presentando su oficio y preguntando sobre los cambios que realizaría.

El nuevo Señor Cura comprendió que la comunidad se había acostumbrado a que



cada párroco se empeñaba en borrar la huella del paso del anterior.

El asunto de esta experiencia se agrava cuando los celos pastorales llevan a dejar de lado las cosas buenas y positivas que el predecesor ha hecho, solo para aumentar el propio ego y mostrar que ¡ahora el que manda soy yo!

Dice un dicho que "cada viejo alaba su bordón", que tiene el sentido de decir que cada persona alaba o da importancia a sus propias cosas por encima de las demás.

No está mal reconocer el valor o la importancia de lo que cada uno hace o tiene, sin embargo esto no debe llevar a desdeñar las cosas o el trabajo de los demás.

La continuidad de los procesos pastorales es algo que se debe tener siempre presente, pues de lo contrario la comunidad pierde la oportunidad de crecer, puesto que, a la llegada del nuevo párroco, coordinador o encargado, tiene que volver a empezar y eso hace que se estanque.

Desde luego que las cosas erróneas o negativas, son aspectos a superar y tareas que hay que afrontar, pero siempre hay que recordar aquellas palabras de Jesús en el Evangelio de San Mateo: «Todo escriba convertido en discípulo del Reino de los Cielos se parece a un dueño de casa que saca de sus reservas lo nuevo y lo viejo» (Mt. 13, 52).

(P. Sergio Abel Mata León)

Es probable que sea la primera vez que lees esta palabra, así que hoy te voy a explicar de qué se trata esta tendencia. En términos simples, la domótica son sistemas y aparatos automáticos e inteligentes que se utilizan en casas, talleres o lugares de trabajo.

Aunque el término es relativamente nuevo, no la realidad, pues por mucho tiempo hemos estado automatizando cosas.

Por ejemplo, la bomba de agua que se enciende y apaga sola, las lámparas de la calle que se encienden cuando oscurece y se apagan al amanecer, y los refrigeradores que regulan su temperatura automáticamente.

Con el tiempo, han surgido nuevos aparatos que automatizan aún más nuestros espacios habituales, como luces que se activan con el movimiento, puertas de garaje eléctricas y timbres automáticos.

Como puedes ver, algunos de estos sistemas ya nos son muy familiares.

Sin embargo, ahora estamos dando un paso más allá con los dispositivos "inteligentes", que pueden interactuar entre sí. Por ejemplo, puedes encender un enchufe eléctrico usando un asistente inteligente como Alexa o Google. Puedes cambiar el color de una luz con tu celular e incluso programar el riego del jardín cuando la humedad sea baja.

Los dispositivos inteligentes generalmente necesitan conexión a internet o a un concentrador, como el hub zigbee. En cambio, los dispositivos automáticos suelen ser autónomos y no necesitan conexiones inalámbricas.

Es cierto que muchos de nosotros aún no consideramos necesario tener muchos de estos dispositivos, pero poco a poco estamos descubriendo sus aplicaciones.

Aquí te presento los 10 dispositivos más populares en los hogares inteligentes:

1. Foco: Se conectan al modem mediante una aplicación de celular y pueden cambiar de color o atenuar la intensidad. Puedes programarlos y controlarlos con la App del celular o asistentes como Alexa y Google. Son útiles para encender y apagar luces cuando no estamos en casa o usarlos como alarma para despertarnos cuando es temprano y oscuro.

2. Enchufe: Es como un "puente" entre un aparato y la corriente doméstica. Puedes conectar dispositivos como un ventilador, luces navideñas o una cafetera. Se puede programar por voz o con el celular mediante la App o asistentes inteligentes.

3. Cámara de video: Se conecta a internet y a la corriente eléctrica. Puedes monitorearla desde tu celular en cualquier lugar con internet. Algunas cámaras pueden moverse para cambiar el ángulo de visión. Son fáciles de instalar y cada vez son más económicas.

4. Control remoto: Mediante señal infrarroja, puedes manejar aparatos como el televisor, el aire acondicionado o el equipo de sonido. Se conecta a internet y también se puede programar en horarios y fechas deseadas.

5. Sensor de movimiento: Detecta el movimiento frente a él y puede encender enchufes y luces cuando detecta movimiento. Puedes configurar rutinas, como encender luces solo a cierta hora.

6. Sensor de temperatura y humedad: Te envía la información de temperatura y humedad a tu celular. Puedes programar rutinas para, por ejemplo, encender una fuente de agua cuando la humedad es baja.

7. Concentrador zigbee: Es un "concentrador" donde se conectan dispositivos compatibles con la tecnología zigbee. A diferencia del modem de internet, sigue funcionando sin internet, lo que da autonomía al sistema.

8. Botón inteligente: Puedes programarlo para que realice acciones como encender luces o apagar todos los dispositivos inteligentes con un solo toque.

9. Pulsador de botón: Puede presionar botones a distancia, como el de la cochera o la impresora.

10. Medidor de humedad: Mide la humedad de la tierra y te avisa si necesitas regar el jardín.

Antes de comprar dispositivos inteligentes, verifica si funcionan con wifi, zigbee u otro protocolo, y si son compatibles con asistentes como Alexa y Google.

Sin duda, seguirán apareciendo nuevos dispositivos que harán nuestras casas más cómodas y nos ayudarán en nuestras tareas diarias. Espero que este artículo te haya sido útil.

LA DIGNIDAD HUMANA: ORIGEN, FUNDAMENTO Y COMPROMISOS DE CAMBIO

(Hna. María de Jesús Vera HCJC)

En el mundo actual, nos enfrentamos a una serie de desafíos y acontecimientos que han puesto a prueba nuestra comprensión y respeto por el ser humano. A medida que nos sumergimos en un entorno globalizado, con avances tecnológicos y cambios sociales rápidos, es crucial recordar que la dignidad humana debe ser el centro de nuestras preocupaciones y acciones. Sin embargo, en muchos casos, presenciamos cómo se descuida este principio fundamental en favor de otros intereses o conveniencias.

La dignidad humana se refiere al valor intrínseco e inalienable que posee cada persona simplemente por el hecho de ser humano. En el contexto bíblico encontramos la afirmación de que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza (cf. Gn 1,27). Al ser creados a imagen de Dios, los seres humanos tenemos una naturaleza especial que nos distingue de otras formas de vida en el mundo.

La imagen de Dios en el ser humano implica una serie de aspectos como: la capacidad para razonar y amar, la toma de decisiones que implica la libertad, la creatividad y la facultad de relacionarse espiritualmente con su creador. Esta imagen divina confiere una dignidad inherente a cada persona, independientemente de su raza, religión, condición social o cualquier otra característica.

La afirmación de la dignidad humana basada en la creación a imagen de Dios implica que cada individuo merece ser respetado, valorado y tratado con justicia y equidad. Esta dignidad se extiende a toda la humanidad, promoviendo la igualdad y el amor hacia el prójimo, tal como Nuestro Señor Jesucristo lo hizo a lo largo de su vida pública, pues él mismo vino a este mundo "para que el

hombre tenga vida y la tenga en abundancia” (cf. Jn 10,10).

Sin embargo, la dignidad humana se ve desgastada por la discriminación, la desigualdad, la violencia y la falta de respeto hacia la vida misma. En medio de estos desafíos, es esencial reconocer y recordar los aspectos que hacen a la persona humana y que merecen una atención especial. Cada persona tiene el derecho a vivir con dignidad, a ser tratada con respeto y a tener la oportunidad de desarrollarse al máximo.

Es preciso renovar nuestro compromiso por la dignidad humana como un valor fundamental. Esto implica promover la igualdad de oportunidades, garantizar el acceso a la educación, la salud y la justicia, y trabajar para construir una sociedad más justa.

Debemos recordar que todos somos portadores de una misma dignidad y que es nuestra responsabilidad individual y colectiva protegerla y promoverla. Al hacerlo, podemos construir un mundo más justo, igualitario y respetuoso, donde cada persona tenga la oportunidad de florecer y alcanzar su pleno potencial.

En la tercera parte del Proyecto Global de Pastoral 2031 - 2033 de la Conferencia del Episcopado Mexicano, titulada “Actuamos como pueblo redimido por Jesucristo. Bajo la mirada amorosa de Santa María de Guadalupe” se hace énfasis en la opción por una Iglesia que anuncia y construye la dignidad humana. En este sentido, se nos invita a poner en práctica los siguientes compromisos pastorales:

a) Destacar en los espacios eclesiales de evangelización y catequesis, una formación antropológica cristiana de manera integral y sistemática, presentando con claridad la persona de Jesucristo, como modelo de hombre, desde una perspectiva kerigmática.

b) Generar espacios de encuentro, diálogo y trabajo con otros actores de la sociedad, para colaborar en la reconstrucción de la dignidad de las personas y el tejido social de nuestro país.

c) Vivir los valores del Reino y fortalecer el protagonismo del laico, sujeto de la evangelización, así como su sentido de pertenencia y participación en la comunidad cristiana.

d) Atender especialmente a las necesidades materiales y espirituales de la familia, base fundamental de la sociedad y de la Iglesia, para que cumpla su misión de educar en los valores humanos y cristianos.

Dichas responsabilidades nos llaman a actuar de manera coherente con los principios del Evangelio, recordando que cada ser humano merece ser tratado con amor y dignidad en todas las circunstancias, independientemente de su condición social, econó-

mica, política o religiosa. En este sentido, la Iglesia nos invita a ser agentes de transformación social, trabajando por la reconstrucción de un mundo más humano y justo para todos.

¿Qué es necesario preponderar en nuestra Diócesis para impulsar y potenciar la dignidad en todo ser humano?

¿Qué te toca a ti y a mí poner en común para que la persona se realice en plenitud?



**LA PASTORAL
CELEBRATIVA,
MEDIO PARA
SANAR Y
RECONSTRUIR
EL TEJIDO
SOCIAL.**

Lema:
**Haciendo vida
lo que
celebramos,
reconstruimos
el tejido social.**

SEMANA DE ANIMACIÓN Y FORMACIÓN LITÚRGICA

(Para cuantos desempeñan un ministerio litúrgico específico en la comunidad parroquial y cuantos quieren continuar su formación cristiana).

En general, tenemos pobre conciencia de la dimensión social de nuestra fe. La Eucaristía es poco valorada y promovida para el compromiso social cristiano. No se relaciona a los problemas económicos, políticos, de salud, vivienda, educación, religiosos. Cuando asistimos a Misa, como que olvidamos los papeles sociales que desempeñamos (padres de familia, deportistas, empleados, comerciantes, profesionistas, educadores...). Es preciso integrar nuestro acontecer diario en la acción de gracias, súplica, iluminación y petición de perdón de la Eucaristía, la cual debe ser cumbre, gozne y fuente de toda la vida cristiana.

Cristo instituye la Eucaristía la noche de su entrega, en la Cena pascual de despedida, iniciada con el lavatorio de los pies, donde plasma simbólicamente toda su obra: se despoja de su gloria de Dios, se ciñe nuestra humanidad, toma la condición de siervo humillándose hasta la Muerte de Cruz, para lavar nuestra vida. Por eso dice a Pedro: "Si no te lavo, no tendrás parte conmigo". Y luego ordena: "Si yo, el Maestro y Señor, les ha lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros". Eso ilumina el sentido de sus palabras sobre el pan y el vino: "Esto es mi Cuerpo entregado"; "Esta es mi vida derramada". La Eucaristía es memorial de la entrega de Jesús hasta la Muerte.

Las comunidades primitivas celebran la Fracción del Pan como culmen de la enseñanza, la oración y la convivencia. Al renovar el gesto de Jesús, comparten lo que son y lo que tienen. Pablo hace la colecta para los pobres de Jerusalén en la Eucaristía do-

minical. Mientras los paganos se fijan en lo material de la ofrenda, los cristianos buscan crecer en calidad de servicio espiritual.

Los pobres tienen un lugar de honor en las asambleas de la época patrística. Las Constituciones Apostólicas piden incluso levantar a un presbítero para dejar su lugar a un pobre. Los Padres tienen homilías muy ricas sobre las relaciones que existen entre los pobres y Cristo, entre la Eucaristía y la caridad. A la celebración dominical sigue el ágape, o banquete para los pobres.

En la edad media, las ofrendas van a la portería de los monasterios, donde ayudan a los pobres. Las cofradías, con sus hospitales, fiestas y trabajos, responden a las necesidades de la comunidad. El templo es el espacio de configuración social, y el domingo el centro de actividades de la comunidad. Las peregrinaciones permiten el intercambio de experiencias. Las pestes, sequías, guerras y calamidades originan Misas por diversas necesidades.

Aunque con la Ilustración decae la evangelización y se cae en moralización, no se separa la Eucaristía de la justicia, solidaridad, unidad y fraternidad ante necesidades concretas. Los templos son lugares sociales, y las celebraciones medios para deleitar los sentidos, más que cuestionar la vida. Los gobernantes, justos o no, están presentes en las celebraciones. La caridad hacia los pobres se separa de la Eucaristía, salvo Navidad, Pascua, fiesta de San Martín, etc. Las nuevas repúblicas quitan a las instituciones eclesiales los medios para responder a las necesidades e intentan asumirlas. Se deja la caridad a la iniciativa privada.

Todo culto eucarístico auténtico debe aumentar en nosotros la conciencia de la dignidad de toda persona. Nos hace sensibles a todo sufrimiento y miseria humana, a toda injusticia y ofensa, buscando reparación eficaz y solución a largo plazo desde los valores evangélicos y con sus medios. "Los que habían creído vivían unidos; compartían todo cuanto tenían" (Hch 2,44).

"La Eucaristía es sacramento de comunión entre hermanos que aceptan reconciliarse en Cristo, el cual ha hecho de judíos y paganos un pueblo solo, derribando el muro de enemistad que los separaba (Ef 2,14). Esa tensión hacia la reconciliación permite comulgar dignamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo (Mt 5,23-24). Cristo, por el memorial de su Sacrificio, refuerza la comunión entre los hermanos y apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia. Las condiciones para establecer una paz verdadera son restaurar la justicia, la reconciliación y el perdón. De esta toma de conciencia nace la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. La Iglesia no tiene como tarea propia emprender una batalla política para realizar la sociedad más justa posible; sin embargo, tampoco puede ni debe quedarse al margen de la lucha por la justicia. La Iglesia 'debe insertarse a través de la argumentación racional y despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige renuncias, no puede afirmarse ni prosperar' (DCe 28). El sacrificio de Cristo es misterio de liberación que nos interpela y provoca continuamente. 'Quien participa en la Eucaristía se ha de comprometer en construir la paz en nuestro mundo marcado por tantas violencias y guerras, y de modo particular hoy, por el terrorismo, la corrupción económica y la explotación sexual'. Todos estos problemas, que a su vez engendran otros fenómenos degradantes, que despiertan viva preocupación. Estas situaciones no se pueden afrontar de una manera superficial.

Gracias al Misterio que celebramos, deben denunciarse las circunstancias que van contra la dignidad del hombre, por el cual Cristo ha derramado su Sangre, afirmando así el alto valor de cada persona" (SCa 89).

Los hechos vividos se llevan a la Eucaristía en ofrenda y acción de gracias, y por la fe se expresan en fraternidad, justicia, solidaridad, defensa de la vida y de los derechos humanos, amor, iniciativas de liberación integral, procesos de promoción humana, lucha contra el pecado personal, social y estructural. Se ha de construir el Reino de Dios en la familia, el trabajo, la educación, la cultura, la economía, las diversiones, etc.

La Palabra de Dios no deja de ser un llamado a la conciencia para ser críticos ante el sistema opresor y deshumanizante, ante los modelos injustos, ante la anticultura de la muerte. La civilización del amor y la solidaridad no puede realizarse entre mentiras, corrupción, celos, ambiciones, odios, competencias desleales.

"Los cristianos han procurado desde el principio compartir sus bienes (Hch 4,32) y ayudar a los pobres (Rm 15,26). La colecta en las asambleas litúrgicas nos lo recuerda y es una necesidad muy actual. Las instituciones eclesiales de beneficencia, en particular Caritas en sus diversos ámbitos, prestan el precioso servicio de ayudar a las personas necesitadas, sobre todo a los más pobres. Estas instituciones, inspirándose en la Eucaristía, sacramento de la caridad, se convierten en su expresión concreta; por ello merecen todo encomio y estímulo por su compromiso solidario en el mundo" (SCa 90).

"En la relación entre la Eucaristía y el universo descubrimos la unidad del plan de Dios y se nos invita a descubrir la relación profunda entre la creación y la 'nueva creación', inaugurada con la Resurrección de Cristo, nuevo Adán. En ella participamos ya desde ahora en virtud del Bautismo (Col 2,12s), y así se le abre a nuestra vida cristiana, alimentada por la Eucaristía, la perspectiva del mundo nuevo, del nuevo cielo y de la nueva tierra, donde la nueva Jerusalén baja del cielo, desde Dios, 'ataviada como

una novia que se adorna para su esposo' (Ap 21,2)" (SCa 92).

La Comunión con Cristo no puede dejarnos indiferentes ante el individualismo imperante ni la soledad de tantos hermanos, o en los procesos de comunidad e integración de las bases. Es preciso construir un mundo de hermanos, compartir nuestros bienes, luchar por una sociedad más justa, velar por los derechos de los últimos.

"Les ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcan sus cuerpos como una víctima viva, santa y agradable a Dios, como culto que conviene de parte de los creaturas racionales. No sigan la corriente del mundo en que vivimos, sino más bien transfórmense en virtud de una renovación interior. Así podrán distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto" (Rm 12,1-2). En los vv. 9-18 desarrolla estos compromisos.

Los signos nos educan en los valores del Reino de Dios, y nos hacen sentir con la Iglesia, superando el individualismo. Aprovechemos los signos de la Iglesia en vez de inventar otros humanos y pasajeros. Participación significa recoger la vida y ofrecerla, y recibir bendición para llevarla a la vida concreta. No se queda en movilización humana, pues es sobre todo gracia y salvación. No es protesta o lucha contra los males del mundo, sino participación en la Cruz de Cristo. Incorporamos el dolor de la humanidad al Sacrificio de Cristo, le hallamos un sentido, y nos comprometemos a no aumentar dicho dolor, sino aliviarlo.

Que la dimensión social aparezca en nuestras celebraciones: Acogida especial para enfermos, ancianos, y determinados sujetos de pobreza. Oración universal menciona los problemas de la comunidad. Las ofrendas expresen que son fruto del trabajo, encierran el desempleo y la explotación, y rescatan el dinero de la codicia y materialismo. Cambiemos los show de signos, por auténticas ofrendas para los pobres.

Como Iglesia, Pueblo de Dios, no podemos permanecer indiferentes ante lo que acontece en nuestro entorno, como invita san

Pablo: "Alégrense con los que se alegran y lloren con los que lloran... tengan el mismo sentir (pensar) unos con otros (cf. Rm 12,15-16). O la Plegaria Eucarística III por varias necesidades: "Haz que todos los fieles de la Iglesia sepan discernir los signos de los tiempos a la luz de la fe y se consagren plenamente al servicio del Evangelio. Concédenos estar atentos a las necesidades de todos los hombres, para que, participando en sus penas y angustias, en sus alegrías y esperanzas, les anunciemos fielmente el mensaje de la salvación y con ellos avancemos en el camino de tu Reino".

Por eso, en esta Semana de Formación litúrgica, buscamos relacionar la Celebración Eucarística con la reconstrucción del desgarrado tejido social, a partir de la vivencia de ciertos momentos de la misma, como es el acto penitencial, la presentación de ofrendas, el rito de la paz, y los ritos de la Comunión.

Con motivo del IV centenario del Primer Milagro de la Virgen de San Juan, el último tema nos ubica en el contexto histórico del mismo, confirmando lo que expresa nuestro VI Plan diocesano de pastoral, que nos la presenta como promotora de reconciliación y paz en nuestro pueblo, modelo de inculturación del Evangelio, honda raíz de nuestra cultura, rasgo de espiritualidad que nos anima e impulsa en la esperanza y reconciliación, comunicadora, promotora de los pobres y mística transformadora (VI PDP 67-69, 100, 123-124,297, 353-354, 479).

1 TEMA

EL ACTO PENITENCIAL, MOMENTO DE MISERICORDIA



OBJETIVO:

Redescubrir el Acto Penitencial dentro de la celebración eucarística como un medio concreto de curación, para que valoremos este momento como un modo específico para la reconstrucción del tejido personal, familiar y social.

Oración

Canto: Vaso nuevo...

Introducción

En la estructura de la Misa, dentro de los ritos iniciales, encontramos el Acto penitencial, que va desde el reconocimiento de las propias faltas, la confesión general y termina con absolución del sacerdote: "Después el sacerdote invita al acto penitencial que, tras un momento de silencio, se realiza cuando toda la comunidad hace su confesión general y se termina con la absolución del sacerdote, la cual, sin embargo, carece de eficacia propia del sacramento de la Penitencia. El domingo, sobre todo en el tiempo pascual, en lugar del acostumbrado acto peni-

tencial, se puede realizar la bendición y la aspersión del agua en memoria del Bautismo" (IGMR 51).

La Constitución apostólica de Pablo VI "Missale Romanum" lo presenta, entre las novedades del misal renovado, como un "rito de reconciliación con Dios y con nuestros hermanos". Es un rito nuevo, pues no hay ningún testimonio en la tradición litúrgica ni oriental ni occidental. En el Misal tridentino aparecía como una oración privada del sacerdote y los ministros acompañantes, entre las oraciones al pie del altar. Se desarrolló en el siglo XI, con las apologías del rito penitencial franco germano.

Tiene cuatro momentos: invitación al reconocimiento de los pecados; breve momento de silencio para un examen de conciencia o cobrar actitud de pecadores; confesión pública de ser pecador contrito, distinta en cada uno de los formularios; oración para obtener el perdón. La pausa de silencio, más que para recordar los pecados,

es la ocasión de ponerse en presencia del Señor en la asamblea.

Presenta el Misal tres formas a elegir, sin olvidar que es un rito modesto:

La primera es la del Misal anterior, pero se dice una sola vez juntos sacerdote y ministros, elimina los nombres de santos y la absolución e indulgencia final, menciona el pecado de omisión. Pero no menciona la mediación y obra salvífica de Cristo. Se golpean el pecho una sola vez, y no tres, como el publicano en el templo (Lc 18,13; Agustín, Serm. 67,1). San Alfonso María de Ligorio dice que se dé el golpe de pecho con la extremidad de los dedos juntos y extendidos de la mano derecha, con modestia y sin estrépito (Liber ceremonias Missae cap 3 n 9); otros prefieren con la mano empuñada en señal de apedrearse a sí mismo como pecadores públicos, adúltero e infieles con Dios, blasfemos y apóstatas.

La segunda fórmula se inspira en Jl 2,17 y Sal 84,8, para ocasiones en que no se resalta el carácter penitencial.

La tercera fórmula combina el Kyrie con algunos tropos o predicados de Cristo. No expresan situaciones de pecado: Jesús enviado a salvar a los contritos (Lc 4,18-19), llama a los pecadores (Mt 9,13) e intercede ante el Padre (Jn 16,28). Tienen carácter de homenaje a Cristo y reconocimiento de su bondad y poder salvador, no de examen de pecados. Se dirigen a Cristo, nuestro único liturgo, y no a cada Persona de la Trinidad. Del siglo XI al XVI se publicaron varios cuadernos de tropos para el Kyrie, que eliminó el Misal tridentino. En esta forma ya no hay Kyrie después. Es la forma más adecuada para los domingos, con el fin de resaltar el canto del Gloria y no recargar los ritos iniciales, y para las fiestas en las cuales el carácter penitencial es secundario.

Sin embargo, en la mayoría de celebraciones, el acto penitencial pasa desapercibido, no se vive con la conciencia clara de la invitación al perdón, es atropellado, se realiza con ligereza o por rutina, sin sentir necesidad de hacerlo o que la celebración lo indique, o se suprime, impidiendo darle el carácter de encuentro. Los que suelen llegar

corriendo a la celebración, en este momento buscan un lugar, se quitan lo asoleado de la carrera para "llegar a tiempo". El ministro en ocasiones no propicia ese primer silencio, el silencio para el reconocimiento de la propia pequeñez, considerándolo un rito innecesario o de relleno, es por eso que se necesita revalorar y redescubrir el verdadero carácter penitencial y de purificación de este primer rito.

Pensar

El acto penitencial es el momento en el que Dios nos manifiesta cuál es nuestra dignidad de hijos, nos sitúa en nuestra realidad de miembros de la comunidad y nos purifica para poder celebrar dignamente los sagrados misterios.

Al principio de la Misa, realizamos comunitariamente una fórmula de confesión general, pronunciada en primera persona del singular. Cada uno confiesa a Dios y a los hermanos «que ha pecado en pensamiento, palabras, obra y omisión». (Cfr. Catequesis del Papa Francisco sobre la Eucaristía, 03-01-2018)

Nos acercamos a Dios conscientes de nuestra propia indignidad. Moisés, ante la zarza ardiente, se despoja de las sandalias, se cubre el rostro y se postra. Cristo pide primero reconciliarse con los hermanos antes de llevar los dones al altar (Mt 5,23). La Didajé pide confesar los propios pecados para poder ofrecer un sacrificio puro (14,1). Pues la bondad y misericordia de Dios es capaz de destruir el mal. En Oriente y occidente hay elementos penitenciales en distintos momentos (al inicio de la Misa, al ofertorio, antes de la Comunión).

Ya no es una plegaria privada, sino un elemento de participación activa de los fieles, parte integrante de los ritos introductorios, para disponernos a una participación fructuosa: purificados, escuchar la Palabra y recibir el Cuerpo y Sangre del Señor.

Ante el Señor, experimentamos la propia indignidad, nos reconocemos pecadores, nos sentimos pobres y necesitados. Somos una Iglesia que necesita purificación porque abraza en su seno a pecadores, y

está en un proceso de constante conversión porque hemos sido alcanzados ya por la gracia de Jesucristo.

La Sagrada Escritura ofrece luminosos ejemplos de «penitentes» que, volviendo a sí mismos después de haber cometido el pecado, encuentran la valentía de quitar la máscara y abrirse a la gracia que renueva el corazón. El rey David ora: «Ten piedad de mí, Dios, según tu amor, por tu inmensa ternura borra mi delito» (Sal 51,3). Al hijo pródigo que vuelve a su padre; y la invocación del publicano: «¡Ten compasión de mí, que soy pecador!» (Lc 18, 13).

Moisés, antes de acercarse a la zarza ardiente, ante la Presencia divina, se descalza porque entra en una tierra sagrada (Ex 3,5). Y nosotros, «para celebrar dignamente estos sagrados misterios», solicitamos de Dios el perdón de nuestras culpas. Hemos de tener clara conciencia de que, cuando vamos a entrar en la Presencia divina, cuando llevamos la ofrenda ante el altar (Mt 5,23-25), debemos examinar previamente nuestra conciencia ante el Señor (1Co 11,28), y pedir su perdón. «Los limpios de corazón verán a Dios» (Mt 5,8).

Medirse con la fragilidad de la arcilla de la que estamos hechos es una experiencia que nos fortalece: mientras que nos hace hacer cuentas con nuestra debilidad, nos abre el corazón a invocar la misericordia divina que transforma y convierte. Y esto es lo que hacemos en el acto penitencial al principio de la misa.

El acto penitencial es una expresión concreta de la realidad de comunidad de pecadores del ministro y de los fieles, que reconocen humildemente sus pecados, se arrepienten de ellos e imploran la misericordia de Dios para participar con fruto de los sagrados misterios. El acto penitencial es el momento perfecto para que el Espíritu Santo pueda ir realizando su obra en nosotros.

En la Didajé, obra del siglo I, dice: «Reunidos cada día del Señor, partan el Pan y den gracias, después de haber confesado sus pecados, a fin de que su sacrificio sea puro (cf. Didajé 14, en BAC 65,91).

El germen del acto penitencial al prin-

cipio de la Misa se encuentra en antiguos libros litúrgicos, como la postración del sacerdote al pie del altar, como actualmente sucede en la celebración de la Pasión del Señor del Viernes Santo.

Alrededor del siglo X aparece en los misales la recitación privada por parte del sacerdote de algunas oraciones destinadas a manifestar sus sentimientos de indignidad como ministro del Santo Sacrificio. El Misal del Vaticano II lo extiende a toda la comunidad, pues hasta entonces era sólo el sacerdote quien lo realizaba.

Este rito no tiene valor sacramental, “la absolución del sacerdote carece de la eficacia propia del sacramento de la Penitencia” (IGMR 51), es sólo una súplica indulgencia. La Eucaristía no se ordena al perdón de los pecados mortales (objeto del sacramento de la Reconciliación); es para los que están en plena comunión con la Iglesia. Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar” (CEC 1384). “Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma entonces del pan y beba del cáliz. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo” (1Co 11,27-29).

La comunión nos separa del pecado: Cuerpo “entregado” y Sangre “derramada para el perdón de los pecados”. “Cada vez que lo recibimos, anunciamos la Muerte del Señor” (1Co 11,26). “Si su Sangre es derramada para el perdón de los pecados, debo recibirle siempre, para que siempre me perdone los pecados. Yo que pecho siempre, debo tener siempre un remedio” (S. Ambrosio, De sacr. 4, 28).

Restaura las fuerzas, fortalece la caridad que tiende a debilitarse; y esta caridad vivificada borra los pecados veniales (Trento: DS 1638). Cristo nos hace capaces de romper los lazos desordenados con las criaturas y de arraigarnos en él, y nos preserva de futuros pecados mortales. Comer a Jesús es hacerse uno con él. Jesús se hace alimento, ideal y meta de nuestra vida, guía y maestro,

amigo y hermano, fuerza y unidad con los demás; no sólo al momento de la comunión; desea transformarnos del todo, día a día, momento a momento. Vivir para siempre es pertenecerle a Jesús. Jesús está siempre ahí para darnos fortaleza. La comunión con Él nos une a toda la Iglesia y nos hermana con los más pobres y necesitados, como se hermanó Jesús con los pobres de su tiempo. "Miramos a todos con ojos de hermano".

Actuar

«Yo confieso, ante Dios todopoderoso»... A veces, con antipatía, se acusa de pecadores a los cristianos piadosos, «a pesar de ir tanto a Misa»... Pues bien, los que frecuentamos la Eucaristía hemos de ser los más convencidos de esa condición nuestra de pecadores, que en la Misa precisamente confesamos: «por mi gran culpa». Y justamente por eso, porque nos sabemos pecadores, por eso frecuentamos la Eucaristía, y comenzamos la celebración con la más humilde petición de perdón a Dios, el único que puede quitarnos de la conciencia la mancha indeleble y tan horrible de nuestros pecados. Y para recibir ese perdón, pedimos «a Santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes, hermanos», que intercedan por nosotros.

«Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna». Esta hermosa fórmula litúrgica que dice el sacerdote no absuelve de los pecados con la eficacia *ex opere operato* propia del sacramento de la Penitencia. Tiene un sentido deprecativo, de tal modo que, por la mediación suplicante de la Iglesia y por los actos personales de quienes asisten a la Eucaristía, perdona los pecados leves de cada día, guardando así a los fieles de caer en culpas más graves. Por lo demás, en otros momentos de la Misa se suplica y se obtiene, el perdón de Dios -Gloria, Padrenuestro, No soy digno-.

El Catecismo enseña que «la Eucaristía no puede unirnos [más] a Cristo sin purificarnos al mismo tiempo de los pecados cometidos y preservarnos de futuros pecados» (CEC 1393). «Como el alimento corporal

sirve para restaurar la pérdida de fuerzas, la eucaristía fortalece la caridad que, en la vida cotidiana, tiende a debilitarse; y esta caridad vivificada borra los pecados veniales (Conc. Trento: DS 1638, en CEC 1393). Dándose a nosotros, Cristo reaviva nuestro amor y nos hace capaces de romper los lazos desordenados con las criaturas y de arraigarnos en Él» (CEC 1394). Así pues, «por la misma caridad que enciende en nosotros, la eucaristía nos preserva de futuros pecados mortales. Cuanto más participamos en la vida de Cristo y más progresamos en su amistad, tanto más difícil se nos hará romper con él por el pecado mortal. La eucaristía [sin embargo] no está ordenada al perdón de los pecados mortales. Esto es propio del sacramento de la Reconciliación. Lo propio de la eucaristía es ser el sacramento de los que están en plena comunión con la Iglesia» (CEC 1395).

«Nadie, consciente de pecado mortal, por contrito que se crea, se acerque a la sagrada eucaristía, sin que haya precedido la confesión sacramental. Pero si se da una necesidad urgente y no hay suficientes confesores, emita primero un acto de contrición perfecta» (Eucharisticum mysterium 35), antes de recibir el Pan de vida.

Todos los días experimentamos nuestra limitación de una forma o de otra. Deseamos ser buenos buscamos, queremos, pretendemos y en muchos momentos quedamos limitados, es por eso que en nuestra lucha por alcanzar esa perfección no podemos claudicar. Además de experimentar nuestra limitación, Dios Nuestro Señor permite acontecimientos en nuestra vida que nos hacen tocar nuestra miseria y pequeñez. Todo esto nos lleva a tocar la verdad del ser humano que es criatura limitada y pecadora, pero renovada y fortalecida por la gracia y misericordia que viene de Dios.

TEMA 2

RECONSTRUIR EL TEJIDO SOCIAL DESDE EL RITO DE LA PRESENTACIÓN DE LAS OFRENDAS



OBJETIVO:

Tomar conciencia del significado del rito de la presentación de las ofrendas para que en su vivencia más pura contribuyamos a la reconstrucción del roto tejido social.

Oración

Inflama, Señor, nuestros corazones con el Espíritu de tu amor, para que podamos pensar siempre lo que es digno y agradable a tus ojos y amarte sinceramente en los hermanos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Introducción

En la celebración de la Eucaristía, de la escucha y meditación de la Palabra, que da un sentido distinto a cada Misa por las diferentes Lecturas y contextos, se pasa al Sacramento, o sea, lo que hace que cada celebración sea igual: la Cena del Señor en la cual nos dejó el memorial de su obra salvadora, sobre todo la Muerte y Resurrección de Jesucristo).

La preparación de las ofrendas es un momento de calma entre dos momentos fuertes: la liturgia de la Palabra, que exige intensa atención, y la Plegaria eucarística, que exige también una fuerte comunión de espíritu y contemplación. Entre estos dos momentos, se produce un espacio de calma mientras se prepara el altar.

En este rito de la Liturgia Eucarística, nosotros preparamos y colocamos en el altar el pan y el vino, en la presentación de las ofrendas; proclamamos la acción de gracias y sucede la Consagración, en la Plegaria eucarística; finalmente partimos el Pan en la Fracción; y lo repartimos en la Comunión.

Aquí nos referiremos sobre todo al momento de la preparación de las ofrendas, como expresión de lo que le ofrecemos a Dios de nuestra propia existencia, para que en ella reconozca su propio Sacrificio, aportamos parte de los dones que Él nos da, pero también lo que de nuestra vida unimos a su ofrenda, no solo bienes materiales para compartirlos con los demás, sino, sobre todo, la vida que en nuestras propias acciones debe ser expresión de conversión.

Antes, este momento de la celebración se llamaba "ofertorio" y se acentuaban los aspectos de ofrenda de los hombres a Dios, o de sacrificio y ofrenda de Jesucristo. Sin embargo, la verdadera ofrenda, que es Jesucristo y la asamblea unida a él, tiene lugar en la Plegaria eucarística. En cambio, lo que en este momento se hace, es simplemente preparar todo aquello que después se usará en la Plegaria eucarística. Como Jesús, que "tomó el pan" antes de "decir la acción de gracias". Convendrá procurar, por lo tanto, que todo lo que se haga, diga y cante en este momento sea en la línea adecuada.

Eso no quiere decir, sin embargo, que sea un momento para pasarlo rápidamente. Es necesario que sus gestos introduzcan a la Plegaria eucarística: que se vea que se está preparando la mesa. Es un momento más de gestos que de palabras. Y que admite mucha variedad y amplitudes muy diferentes.

Ver

La Eucaristía es una oración desde su principio al fin. Cada parte de la Misa tiene un significado y el de la presentación de las ofrendas no es la excepción. Preparar el altar y acercar los dones para el Sacrificio podemos hacerlo sin el sentido que se requiere, automáticamente. Profundizaremos en la conexión entre lo celebrativo y lo cotidiano. Viviendo y celebrando fraternalmente y trasladándolo a gestos concretos de interés por los demás.

Se prepara el altar o mesa del Señor, centro de toda la liturgia eucarística, colocando el corporal, el purificador, el misal y el cáliz. Y se llevan en procesión el pan y el vino que se consagrarán, sea de la credencia al altar, o a través de la callecita de la nave, acompañados de dones para los pobres, para el culto divino o para las actividades de la comunidad, y la ofrenda económica o colecta. Luego, con una sencilla bendición de estilo judío, se coloca el pan y el vino (después de ponerle agua) en el altar. Puede haber incensación de los dones para la Eucaristía, la Cruz, el celebrante y el pueblo. Y termina con la oración sobre las ofrendas, que tiene una invitación más extensa.

Se llevan al altar los mismos elementos que Jesús tomó en sus manos en la Cena, y que se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Cristo: los dones del pan y vino con agua. El rito de presentarlos conserva su sentido y significado espiritual como una preparación esencialmente interior.

Por su significado de unidad, es preferible

que "la hostia del que preside" se ponga junto con las "de los fieles". Incluso por esta razón, el pan deberá ser pan para "partirse" de la tal manera que al partirse sea realmente expresión del "pan partido y compartido" que ofreciéndose se entrega por todos y se reparte a toda la asamblea.

El máximo relieve que se puede dar a ese momento, significando que toda la asamblea aporta las ofrendas para la celebración, es la procesión de ofrendas desde un lugar visible de la nave. Expresando visiblemente cómo el pan y el vino representan a los ahí presentes, que quieren ser transformados, de tal manera que, ofreciéndose a Dios, se ofrezcan al mismo tiempo por el bien de sus hermanos.

Pero es preciso que sean auténticas ofrendas. No hay qué multiplicar ofrendas, ni pasar por ofrenda lo que no se dona (signos, herramientas, libros); que sean verdaderas donaciones a los pobres y a la Iglesia; pueden añadirse flores y luces para el altar.

La colecta de la ofrenda en dinero se ha de hacer en el momento oportuno, sin distraer, con agilidad; no es un rito importante como para darle espacio especial, sino que se integra entre los otros dones. Pero es una ofrenda equiparable al pan y al vino eucarísticos, y conviene que se presenten juntos.

Acompaña el canto optativo de ofrendas, cuyas características son aún vagas. "Los signos del pan y del vino siguen significando la bondad de la creación. Damos gracias al Creador por el pan y el vino (Sal 104,13-15), 'fruto del trabajo del hombre', pero antes 'fruto de la tierra' y 'de la vid', dones del Creador. La Iglesia ve en el gesto de Melquisedec, rey y sacerdote, que 'ofreció pan y vino' (Gn 14,18) una prefiguración de su propia ofrenda (MR, Canon Romano 95)" (CEC 1333).

Puede expresar la entrega a Dios de nuestra vida simbolizada en el pan y en el vino, fruto de nuestro esfuerzo. O en el dinero como ofrenda expresión de nuestra actividad laboral, de nuestro desapego de la codicia y explotación, y nuestro deseo de justicia. O en nuestro aporte, ayuda generosa y solidaridad con los necesitados, expresado en nuestras ofrendas materiales para los pobres. O la alegría de nuestra fraternidad cristiana en torno a Cristo. O el sentido de la fiesta del día. O prolongar el contenido de la Palabra de Dios entregada ese día, o el que se vive en ese tiempo litúrgico. Evítense cantos de ambientación o de convivencias.

Pensar

A diferencia de los sacrificios de las religiones y del judaísmo, los cristianos no ofrecían dones materiales, como el pan y el vino, sino el Sacrificio del Señor actualizado en el memorial sacramental al cual se unen con la ofrenda de la propia vida. Al sacrificio material pagano oponían el sacrificio espiritual, realizado por el poder del Espíritu que actualiza la entrega de Jesús. Así que no apreciaban el pan y el vino, para que no pareciera que es lo que ofrecemos.

Cuando ya no había peligro de materialismo sacrificial pagano, y sí había el riesgo de caer en un espiritualismo gnóstico, la Iglesia mostró aprecio por los dones del Creador, sobre todo el pan y el vino, materia del Sacrificio, aportada por quienes participarían en él.

Así, san Hipólito advierte a los catecúmenos que no lleven nada, excepto su ofrenda para la Eucaristía, y san Cipriano recrimina a una señora rica por acudir sin ofrenda a la Misa, tomando así parte de la ofrenda aportada por un pobre. San Agustín refiere cómo su madre nunca dejó de aportar su ofrenda para el Sacrificio del altar (Confesiones V,9). Quien no podía comulgar, tampoco podía ofrecer, y ningún comulgante se sentía dispensado de ofrecer.

Dejaban primero los dones en las inmediaciones del altar; de ahí se tomaba el pan y el vino para la Eucaristía, y lo sobrante quedaba para el sustento de los pobres y los ministros del altar. Su máximo impacto se dio cuando los mismos oferentes llevaban en procesión los dones que aportaban, mientras se cantaba un salmo, todos los domingos, por parte de la comunidad entera, al menos hasta el siglo X; en el siglo XI sólo en grandes ceremonias.

Varias circunstancias influyeron para su desaparición: dejó de consagrarse el pan que aportaban, al introducirse el pan ázimo y confeccionar pan especial; se recargó de oraciones privadas por los pecadores resaltando un carácter ofertorial más que mera preparación.

"Este gesto humilde y sencillo tiene un sentido muy grande: en el pan y el vino que llevamos al altar toda la creación es asumida por Cristo Redentor para ser transformada y presentada al Padre. En este sentido, llevamos también al altar todo el sufrimiento y el dolor del mundo, conscientes de que todo es precioso a los ojos de Dios. Este gesto, para ser vivido en su auténtico significado, no necesita enfatizarse con añadiduras superfluas. Permite valorar la colaboración originaria

que Dios pide al hombre para realizar en él la obra divina y dar así pleno sentido al trabajo humano, que mediante la celebración eucarística se une al sacrificio redentor de Cristo" (SCa 47).

El Pan y el vino se convierten, en cierto sentido, en símbolo de todo lo que lleva la asamblea eucarística, por sí misma, en ofrenda a Dios y que ofrece en espíritu. Esta es la fuerza y el significado espiritual de la presentación de los dones .

Representan a los presentes, en sus buenas acciones que han realizado y que quieren realizar para con sus prójimos. Presentan a Dios el fruto de su proceso de conversión personal, de tal manera que "si alguno tiene una queja contra su hermano, la deje junto al altar, vaya y se arregle con su hermano y luego regrese para presentarla a Señor" (cf. Mt 5,17-37) (antes que el altar está el hermano/prójimo).

"El celebrante, como ministro de aquel Sacrificio, es el auténtico sacerdote, el cual, en virtud del poder conferido en la sagrada Ordenación, como acto sacrificial que relaciona a los hombres con Dios. En cambio, todos aquellos que participan en la Eucaristía, aun cuando no realicen el Sacrificio como él, ofrecen con él, en virtud del sacerdocio común, sus propios sacrificios espirituales, representados en el pan y en el vino, desde el momento de su presentación en el altar. Este gesto litúrgico, en efecto, solemnizado en casi todas las liturgias, tiene su valor y significado espiritual. El pan y el vino se convierten, en cierto sentido, en signo de todo aquello que la asamblea eucarística lleva de sí misma como un don hecho a Dios y lo ofrece en espíritu" (DCe 9).

"La Iglesia, siguiendo el ejemplo de Cristo, ha usado siempre, para celebrar el banquete del Señor, el pan y el vino juntamente con el agua. El pan para la celebración de la Eucaristía debe ser de puro trigo, hecho recientemente y, según la tradición de la Iglesia latina, ázimo. La naturaleza misma del signo exige que la materia de la celebración eucarística aparezca verdaderamente como alimento (IGMR 319-320).

"El vino para la celebración eucarística debe ser del fruto de la vid (Lc 22,18), es decir, vino natural y puro, no contaminado con substancias extrañas. Póngase sumo cuidado en que el pan y el vino destinados a la Eucaristía se conserven en perfecto estado: es decir, que el vino no se avinagre y que el pan ni se corrompa ni se endurezca tanto como para que sea difícil luego el partirlo" (IGMR 323).

La aportación económica es signo y medio

de compartir los bienes con los indigentes. Se ha de relacionar con la ofrenda eucarística, y no desvincularse de ella. “Desde el principio, junto con el pan y el vino para la Eucaristía, los cristianos presentan también sus dones para compartirlos con los que tienen necesidad. Esta costumbre de la colecta (1 Co 16,1), siempre actual, se inspira en el ejemplo de Cristo que se hizo pobre para enriquecernos (2 Co 8,9). ‘Los que son ricos y lo desean, aportan, cada uno según lo que se le ha impuesto, y lo recogido se entrega al que preside, y él atiende a los huérfanos y viudas, a los que la enfermedad u otra causa priva de recursos, los presos, los inmigrantes y, en una palabra, socorre a todos los que están en necesidad’ (san Justino, Apol. 1,67,6)” (CEC 1351).

Nada existe que no halle un eco en la Eucaristía, pues en ella se recoge y ofrece a Dios todo el dolor y todo el gozo de la humanidad. Es muy natural dirigirnos a Dios en el dolor, pero las alegrías preferimos disfrutarlas solas, a escondidas, no eucarísticamente, o sea, en acción de gracias. La presencia y mirada de Dios no ofuscan nuestras alegrías honestas, al contrario, las amplifican. Con Él, las pequeñas alegrías se convierten en un incentivo para aspirar al gozo imperecedero cuando le contemplemos cara a cara y seamos felices por la eternidad.

“Muchos problemas oscurecen el horizonte de nuestro tiempo. Baste pensar en la urgencia de trabajar por la paz, de poner premisas sólidas de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos, de defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural. Y ¿qué decir, además, de las tantas contradicciones de un mundo ‘globalizado’, donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar. En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada por su amor. Es significativo que el Evangelio de Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando así su sentido profundo, el relato del ‘lavatorio de los pies’, en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio (Jn 13,1-20). El apóstol Pablo, por su parte, califica como ‘indigno’ de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres (1Co 11,17.22.27.34)... Anunciar la Muerte del Señor ‘hasta que venga’ (1Co 11,26), comporta para los

que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo ‘eucarística’. Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: ‘¡Ven, Señor Jesús!’ (Ap 22,20)” (EdE 20).

Significado bautismal, eucarístico, antropológico y social.

El sentido bautismal aparece en el hecho de estar reservado a los bautizados en comunión con la Iglesia, pero también en comunión con sus hermanos, lo que significa que esta unidad bautismal nos habla de una unidad entre aquellos que creyendo y celebrando una misma fe, no hay ni división ni discordias.

El eucarístico es el más claro y acentuado, pues los dones se presentan para ser consagrados y, una vez convertidos en el Cuerpo y Sangre de Cristo, ser distribuidos a los fieles, de tal modo que presentación-consagración-distribución del Cuerpo y Sangre de Cristo, en que los dones han sido transustanciados, son tres momentos de una misma celebración.

El sentido antropológico se desprende del hecho de que la presentación de los dones es la contribución material inmediata de los fieles a la celebración Eucarística -que en no pocas culturas son los frutos más representativos del trabajo del hombre y el alimento base de la vida material-, contribución que quiere ser signo externo del ofrecimiento interior de cada fiel.

Finalmente, el carácter social se advierte en la cualidad de las ofrendas, que no sólo son individuales sino también ofrenda de toda la Iglesia, bellamente significada en la naturaleza del pan y del vino, hechos de muchos granos de trigo y de muchas uvas.

Actuar

Varios factores nos impiden o dificultan vivir esta parte de la Misa con sus repercusiones con respecto a la reconstrucción del tejido social: una mentalidad utilitarista y mercantil que busca obtener lo que necesita, más que ofrecer, o lo hace como compraventa, no como don, donde es difícil dar sin esperar recibir. Esa tacañería se manifiesta más cuando se trata de Dios y de la comunidad. Tendemos a ofrecer cosas más que ofrecernos a nosotros mismos.

Se debe proyectar este momento en la vida con varias acciones: Aportar la propia ofrenda. Llevar dones para los pobres más que para el altar. Estar dispuestos a colaborar en acciones de la comunidad. Proporcionalidad del momento. Valorar la colecta. Buscar más cantos de solidaridad y fiesta.

Hacemos bien en ir al altar con la ofrenda, pero en el camino tendríamos que pensar: ¿Hay algún hermano o hermana que tiene algo contra nosotros? ¿No será mejor dejar la ofrenda allí mismo (la misa sin acabar) y arreglar antes el tema de los hermanos? Ya que la reconciliación con los hermanos, expresión de la sanación y/o curación que debe darse entre ellos, es esencial al comienzo de la celebración eucarística. Tiene el poder de sanar, de rehacer el tejido social. "Si recuerdas que tu hermano tiene una queja contra ti, ve a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve a ofrecer tu ofrenda" (Mt 5, 23-24).

Dice el Papa Francisco:

"En las tablas de la ley están juntas la ley hacia Dios y la ley hacia el prójimo y las dos van juntas. Yo no puedo decir: 'Pero, no, yo cumplo los tres primeros mandamientos... y los otros más o menos'. No, si tú no haces estos, esos no puedes hacerlos y si tú haces eso, debes hacer esto. Están unidos: el amor a Dios y el amor al prójimo son una unidad y si tú quieres hacer penitencia, real no formal, debes hacerla delante de Dios y también con tu hermano, con el prójimo.

Y como dice el apóstol Santiago, puedes tener mucha fe, pero si no haces obras, no sirve de nada. Uno puede ir a Misa todos los domingos y comulgar, y se puede preguntar: ¿cómo es tu relación con tus trabajadores? ¿Les pagas en negro? ¿Les pagas el salario justo? ¿También pagas la contribución para la pensión? ¿Para asegurar la salud?

Esos hombres y mujeres de fe que dividen las tablas de la ley: 'sí, sí, yo hago esto' - '¿pero tú das limosna?' - 'sí, sí, siempre envío el cheque a la Iglesia' - 'Ah, muy bien. Pero a tu Iglesia, en tu casa, con los que dependen de ti -ya sean hijos, abuelos, trabajadores- ¿eres generoso, eres justo?' Tú no puedes hacer ofrendas a la Iglesia sobre los hombros de la injusticia que haces con tus trabajadores. Esto es un pecado gravísimo: es usar a Dios para cubrir la injusticia (cf. Homilía de S.S. Francisco, 20 de febrero de 2015, en Santa Marta).

Lo vivido en la celebración Eucarística tiene esta misión de trasladarlo a la vida ordinaria. El poder ser generosos, promoviendo la paz para

ser parte de la reconstrucción del tejido social. Por tanto, es un buen momento para hacer nosotros también nuestro propio examen de conciencia. Para preguntarnos, a la luz de la fe, ¿qué hay de todo esto en mi corazón?

Saber perdonar, no guardar rencores e imitar con ello a Jesucristo es exigente, pero al mismo tiempo liberador y es algo que no podemos dejar pasar desapercibido, más ahora, que pareciera en la práctica, nuestras celebraciones se han convertido en un buen momento para alabar, agradecer, bendecir y glorificar a Dios, aunque con una escasa conciencia de la repercusión que nuestra alabanza a Dios, debiera tener en nuestra vida cotidiana. Solo desde una clara conciencia, al presentar a Dios nuestras ofrendas, le presentaríamos el ejercicio misericordioso de nuestras buenas obras con el prójimo.

Propósito

Si estoy distanciado de alguna persona, dar el primer paso para la reconciliación.

Celebrar

Para concluir este momento, terminamos cantamos juntos:

Amémonos de corazón,
no de labios, ni de oídos,
para cuando Cristo vuelva (2)
nos encuentre bien unidos

¿Cómo puedes tú orar enojado
con tu hermano?
Dios no escucha la oración (2)
si no están reconciliados

Cuantas veces debo yo
perdonar al que me ofende
Setenta veces siete (2)
perdonarás a tu hermano.

Oramos juntos: Señor Dios, que, en virtud del mandamiento de tu amor, quieres que ofrezcamos amor sincero a cuantos nos afligen, concédenos cumplir los mandamientos de la nueva ley de tal modo, que nos esforcemos en devolver bien por mal y en sobrellevarnos mutuamente. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

3 TEMA

RECONSTRUIR EL TEJIDO SOCIAL CON EL RITO DE LA PAZ



OBJETIVO:

Tomar conciencia de las posibilidades que contiene el rito de la paz en la Misa para contribuir en la reconstrucción del roto tejido social.

MATERIALES:

Filminas o fotopalabras sobre escenas de violencia y de reconciliación.

ORACIÓN INICIAL:

Canto: Amémonos de corazón.

Del Evangelio de san Mateo (5,23-24):

En aquel tiempo dijo Jesús: "Si cuando vas a presentar tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después vienes a presentar tu ofrenda". Palabra del Señor.

(Momentos de reflexión personal).

"Dios no acepta el sacrificio de los que provocan la desunión, los despiden del altar para que antes se reconcilien con sus hermanos: Dios quiere ser pacificado con oraciones de paz. La obligación más bella para Dios es

nuestra paz, nuestra concordia, la unidad en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de todo el pueblo fiel" (san Cipriano de Cartago, De dominica Oratione, 23, citado en CEC 2845).

Padrenuestro, Avemaría y Gloria al Padre.

PRIMERO VEAMOS:

La paz es un anhelo profundo de todo ser humano, en medio de un clima creciente de inseguridad y violencia en que vivimos. La violencia afecta a cualquier persona en el ámbito social y personal, así como a cualquier grupo humano e institución. Donde existe violencia de cualquier tipo, existe temor.

La conducta se regula por los vínculos que se establecen y, al perderse esa vinculación, se pierden los sistemas que regulan la conducta, y lo que nos motiva a portarnos en esa tónica del buen convivir. La fragmentación social se debe a que, donde debería haber vínculos sociales, se instala el individualismo y la desconfianza; se posicionan narrativas de éxito personal, fracaso o miedo; y faltan mecanismos para atender los conflictos.

La vida moderna es demasiado estresante, la competitividad desigual y las crisis nos hacen más vulnerables, y al mínimo estímulo aflora nuestra agresividad acumulada y reprimida. Son formas de violencia atentar contra la autoestima mediante críticas, desprecio, abandono o insultos; destruir su ropa, documentos o recuerdos, golpes al espíritu (más dañinos que los golpes físicos).

La violencia intrafamiliar afecta a muchas familias, no importando clase social, religión o edad de sus integrantes. En vez de ser un lugar en el que exista afecto, buena comunicación, comprensión, respeto y adecuada solución de conflictos, el hogar se transforma en lugar de violencia y malos tratos, gritos, garabatos, golpes e insultos, donde tenemos temor y nos sentimos intranquilos e inseguros.

Y causamos daño a quienes más queremos: padres, amigos, parejas e hijos: Desavenencias, rupturas y agravios; en el hablar agredimos sin tocar físicamente (¡no aprendes!; ¡eres un inútil!; ¡te lo advertí!; ¡qué bruto eres!). Y tienden a repetirse los patrones de comportamiento: los niños que ven golpear a madres o hermanos, frustrados, en un futuro son personas violentas, pues se criaron en este medio hostil. Somos víctimas y victimarios sin darnos cuentas. Atenta contra los valores, la integridad y los derechos del ser humano. La violencia tiene que ver con una fractura social, un proceso de desvinculación social y existencial, y la separación por aceleramiento del individualismo.

La desconexión lleva a una identidad de abandonado que alimenta el rencor, la compulsión, llevando a las adicciones y el enojo con la vida. Las desvinculaciones generan traumas comunitarios, que tienen qué ver con una situación de amenaza, en la que, en lugar de apoyo por parte de las personas significativas para cada individuo, se recibe indiferencia, engaños, maltrato o violencia.

Eso genera experiencias traumáticas y dañan las vinculaciones fundamentales, se distorsionan los valores, se afecta el sentido de pertenencia a un grupo o lugar, perdemos la memoria sana o resiliente, y nos hacemos agresivos o nos aislamos.

Una colectividad, cuando se desvincula, sufre afectaciones semejantes a las individuales. La desvinculación se relaciona con los mitos comunes sobre los cuales se organiza cada sociedad. Los mitos individuales, cada uno con su rito, símbolo y narrativa, predominan en detrimento de lo común, pues la sociedad, para organizarse y funcionar, necesita el reconocimiento de cosas comunes.

Hacer "acciones simultáneas" ayuda a fortalecer los procesos de paz en la familia, la escuela, el barrio, el gobierno, la policía o las iglesias. Nos permiten rehacer las acciones entre nosotros, recuperar

el sentido de comunidad, y rehacer los sistemas que van regulando la conducta.

La reconstrucción del tejido social es un largo proceso de diálogo e involucra a varios actores, para recuperar su identidad y vinculación con el colectivo. Es un principio importante contar la historia de cada uno, escuchar y entender al otro.

La reconstrucción del tejido social pide crear y generar vínculos, aclarar desconexiones, reencontrar nuestra identidad escondida para guardarla y tenerla dentro de nosotros. Este proyecto debe llegar a lo más profundo del ser humano, su recomposición emocional, reconocimiento personal, reintegración social, familiar y comunitaria.

En la Misa tenemos muchos momentos para ejercitar gestos de paz, reconciliación, aceptación, solidaridad, fraternidad., sobre todo el rito de la paz, uno de los más antiguos testimoniados en las fuentes litúrgicas. La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II recuperó este rito, que con el paso del tiempo se había perdido, aunque variando el momento de la celebración.

En el rito romano, el signo de la paz se ha realizado en varios momentos. La más antigua ubicación era al finalizar la liturgia de la Palabra, permitiendo reconciliarse con el hermano antes de presentar la ofrenda al altar. Así se practica en las liturgias orientales, en la hispánica, y en la romana antigua.

San Pablo dice: "Salúdense unos a otros con el beso santo" (Rm 16,10). San Justino escribe que al terminar la oración de intercesión se saludaban con el beso santo y se llevaban al altar los dones para la Eucaristía (Apología I, 65). Igual aparece en la Tradición Apostólica de san Hipólito (n.21). Tertuliano la considera sello de la oración (De oratione, 18). Igual en las Constituciones Apostólicas (VII, 11, 8ss). San Agustín nos habla del beso santo después de la oración del Señor, una vez terminada la plegaria eucarística (Sermo 227).

En la época carolingia se daba el beso de la paz al final de la liturgia de la Palabra, como una confirmación de la oración precedente. En tiempos del Papa Inocencio I se puso al final de la Plegaria Eucarística como confirmación de los misterios (Carta 25,1 a Decencio). Cuando san Gregorio Magno trasladó el Padre nuestro después de la Oración eucarística, el beso de paz quedó después del embolismo, como un desarrollo de la petición del perdón, en las proximidades de la Comunión. Era un intercambio fraterno de paz, recíproca expresión de sentimientos fraternales entre vecinos de celebración. Y pronto se fue sacando de la nave para intercambiarse sólo entre clérigos.

Se fue relacionando con actitudes necesarias para la Comunión: espíritu de reconciliación y frater-

nidad cristiana. Se daba sólo la paz a quien comulgaba. El sacerdote besaba el Pan consagrado, daba el beso al diácono y éste lo extendía a los demás. Expresa que la Comunión no es sólo un encuentro exclusivo y personal con Cristo Cabeza, sino también con los miembros de su Cuerpo, y que toda la Iglesia está presente de modo concreto en la asamblea local congregada en torno al altar.

Después, en el siglo XIII, se entregaba la patena, o un instrumento parecido llamado osculatorio, tablilla de la paz o Portapaz. El beso santo dejó de ser signo (Lc 7,45; Rm 16,16; 1Co 16,20; 2Co 13,12; 1Ts 5,26; 1Pe 5,14), pues se relacionó con erotismo y se prestó a abusos. Y fue evolucionando: de estrechar la mano como signo de comunión (Ga 2,9), llevó a darse un abrazo los miembros del clero, o tocarse ligeramente la mejilla, y luego sólo ponerse las manos sobre los hombros. Los coptos dan la mano a quienes están a los lados. Los armenios sólo hacen una inclinación de cabeza.

Una nota de SCa 49 alude a la Proposición 23 del Sínodo sobre Eucaristía: "Teniendo en cuenta costumbres antiguas y venerables, así como los deseos manifestados por los Padres sinodales, he pedido a los Dicasterios competentes que estudien la posibilidad de colocar el rito de la paz en otro momento, por ejemplo, antes de la presentación de las ofrendas en el altar. Dicha opción recordaría de manera significativa la amonestación del Señor sobre la necesidad de reconciliarse antes de presentar cualquier ofrenda a Dios (Mt 5,23s)".

"En la tradición litúrgica romana el signo de la paz, colocado antes de la Comunión, tiene un significado teológico propio. Encuentra su punto de referencia en la contemplación eucarística del Misterio Pascual -diversamente a otras familias litúrgicas que se inspiran en Mt 5,23, presentándose como el 'beso pascual' de Cristo resucitado presente en el altar. Los ritos que preparan a la comunión constituyen un conjunto bien articulado dentro del cual cada elemento tiene su propio significado y contribuye al sentido del conjunto de la secuencia ritual, que conduce a la participación sacramental en el misterio celebrado. El signo de la paz se encuentra entre el Padre nuestro -al cual se une mediante el embolismo que prepara al gesto de la paz- y la fracción del Pan -durante la cual se implora al Cordero de Dios que nos dé su paz-. Con este gesto, que 'significa la paz, la comunión y la caridad', la Iglesia 'implora la paz y la unidad para sí misma y para toda la familia humana, y los fieles se expresan la comunión eclesial y la mutua caridad, antes de la comunión sacramental', es decir, la comunión en el Cuerpo de Cristo Señor (Carta de la Congregación para el Culto Divino y la disciplina de los sacramentos, 8 junio 2014, 2).

PENSEMOS

Una auténtica paz que recomponga el tejido social

La paz de Cristo no es como la entendemos los humanos, superficial, condicionada por factores humanos. Nada tiene que ver con la paz entre las naciones y el respeto al derecho ajeno, que son superficiales, monedas de cambio, asuntos parlamentarios, demagogias políticas. Tampoco es un estado de relajamiento corporal y quietud espiritual individualista y evasivo.

"El respeto y el desarrollo de la vida humana exigen la paz. La paz no es sólo ausencia de guerra y no se limita a asegurar el equilibrio de fuerzas adversas. La paz no puede alcanzarse en la tierra, sin la salvaguardia de los bienes de las personas, la libre comunicación entre los seres humanos, el respeto de la dignidad de las personas y de los pueblos, la práctica asidua de la fraternidad. Es la 'tranquilidad del orden' (San Agustín, De civitate Dei 19, 13). Es obra de la justicia (cf Is 32, 17) y efecto de la caridad (cf GS 78, 1-2)" (CEC 2304).

"La paz terrenal es imagen y fruto de la paz de Cristo, el 'Príncipe de la paz' mesiánica (Is 9, 5). Por la Sangre de su Cruz, 'dio muerte al odio en su carne' (Ef 2,16; cf Col 1,20-22), reconcilió con Dios a los hombres e hizo de su Iglesia el sacramento de la unidad del género humano y de su unión con Dios. 'Él es nuestra paz' (Ef 2, 14). Declara 'dichosos' a los que construyen la paz" (Mt 5,9)" (CEC 2305).

La vida en el planeta es posible por la vinculación entre las especies. Existe un dinamismo de cuidado que hace posible la vida de toda especie. La tierra es un organismo vivo; y el ser humano es parte de la tierra. El individualismo va contra la naturaleza de todo ser vivo: por eso se pierde el sentido de la existencia.

La descomposición social hizo erupción hace más de cuatro décadas por los efectos no calculados de una modernización que soñaron varios grupos del poder político y empresarial, la cual sólo resultó exitosa para unos cuantos. Actualmente en la sociedad hay una casi total desvinculación, por la pérdida de habilidades para la comunicación profunda, que ha debilitado los vínculos comunitarios; y la pérdida de instancias en las cuales los ciudadanos puedan comunicarse, lo que ha facilitado la cooptación de los grupos armados.

Remediar el trauma implica generar una experiencia de reconexión siguiendo los patrones vividos en la desconexión. Queremos resignificar las desconexiones por medio de encuentros significativos en nuevos acuerdos de convivencia. El tejido social se compone por comunidades que comparten valores, intereses o espacios y crean pertenencia. Las

más fácilmente identificables corresponden a ciudades, poblados, colonias, barrios, unidades habitacionales, escuelas y familias. Formar parte del tejido social significa solidaridad, protección, respeto a los derechos y seguridad ante las adversidades.

Los elementos que unen a los integrantes de cada comunidad los identifica, los hace ser y sentirse parte de una misma cultura, de una misma tradición, de un mismo tejido social. Otorga la confianza de poder contar con los vecinos en caso de una adversidad o saber que podemos compartir nuestra estabilidad ofreciendo un poco de lo que tenemos.

El tejido social implica relaciones significativas que determinan y permiten a sus integrantes ser, estar, producir, crear, interactuar y proyectarse en todos los ámbitos de interacción social como son familia, escuela y comunidad en todas sus variantes. Resulta preocupante que se continúe deshilachando, avance su deterioro y se relajen más sus distintos ámbitos. Ni la sociedad ni el tejido social dependen de una sola persona ni de sus gobernantes, sino de todos unidos.

El rito de la paz

"La Eucaristía es por su naturaleza sacramento de paz. Esta dimensión del Misterio eucarístico se expresa en la celebración litúrgica de manera específica con el rito de la paz. Se trata indudablemente de un signo de gran valor (Jn 14,27). En nuestro tiempo, tan lleno de conflictos, este gesto adquiere, también desde el punto de vista de la sensibilidad común, un relieve especial, ya que la Iglesia siente cada vez más como tarea propia pedir a Dios el don de la paz y la unidad para sí misma y para toda la familia humana. La paz es ciertamente un anhelo indeleble en el corazón de cada uno. La Iglesia se hace portavoz de la petición de paz y reconciliación que surge del alma de toda persona de buena voluntad, dirigiéndola a Aquel que 'es nuestra paz' (Ef 2,14), y que puede pacificar a los pueblos y personas aun cuando fracasen las iniciativas humanas. Por ello se comprende la intensidad con que se vive frecuentemente el rito de la paz en la celebración litúrgica. Sin embargo, es conveniente moderar este gesto, que puede adquirir expresiones exageradas, provocando cierta confusión en la asamblea precisamente antes de la Comunión. El alto valor del gesto no queda mermado por la sobriedad necesaria para mantener un clima adecuado a la celebración, limitando por ejemplo el intercambio de la paz a los más cercanos" (SCa 49).

Con el rito de la paz, " la Iglesia implora la paz y la unidad para sí misma y para toda la familia humana y los fieles se expresan mutuamente la comunión y la caridad, antes de comulgar en el Sacramento"

(IGMR 82). El rito actual de la paz se compone de tres elementos: la oración del sacerdote por la paz; el augurio de paz del sacerdote a la comunidad; y el gesto opcional de intercambiarse la paz:

"El sacerdote, con las manos extendidas, dice en voz clara la oración: 'Señor Jesucristo que dijiste...'; al terminarla, se vuelva hacia los fieles y, extendiendo y juntando las manos les da la paz con estas palabras: 'La paz del Señor esté siempre con ustedes'. Y el pueblo responde: 'Y con tu espíritu'. Luego, si el caso lo pide, el sacerdote añade: 'Déense fraternalmente la paz'. El sacerdote puede dar la paz a los ministros, permaneciendo siempre en el presbiterio, para no crear confusión en la celebración. Lo mismo hace cuando por una causa razonable quiera dar la paz a algunos pocos fieles... Mientras se da la paz se puede decir: 'La paz del Señor sea siempre contigo'. A lo cual se responde: 'Amén'" (IGMR 154).

El orden en que se desarrolla es más lógico que en el misal anterior, en el cual la oración por la paz se hacía después de la inmixción y el Cordero de Dios; antes de dar la paz se besaba el altar; el saludo de paz a la asamblea se hacía después del Padre nuestro, haciendo una Cruz con la Hostia sobre el cáliz.

Tiene, pues, dos momentos el rito de la paz:

a) Oración por la paz

La oración de la paz, de estilo hispano-galicano, la hallamos por primera vez en el siglo XI en territorio alemán, y de ahí pasó al misal de Pío V, como oración privada del celebrante antes de la Comunión. Por expreso deseo del papa Pablo VI, ahora es oración presidencial, es decir, dicha por el celebrante en nombre de la asamblea, y cambiando a plural los pecados para motivar el gesto simbólico.

Se dirige a Cristo, no al Padre. La salvación mesiánica consiste en que Cristo da la paz y la unidad a su pueblo (Is 9,6; 52,7). No se trata de una paz humana, sino la que Cristo da a los apóstoles (Jn 14,27). Tampoco que todo esté bien por fuera, sino de que tengamos a Dios por encima de todas las circunstancias.

En medio de las constantes tensiones, angustias y ansiedades, moviéndonos de nuestro ser, perdidos del rumbo donde Dios quiere llevarnos, damos de pronto su espacio a Dios para tener una experiencia de paz auténtica. Un estado del espíritu que proviene de sentirnos y sabernos en armonía con las circunstancias que nos rodean y con nuestro destino personal. Es aceptar serenamente los acontecimientos sabiéndonos en las manos del Padre.

No es una paz humana conquistada o relacionada con la amistad y el respeto a los derechos humanos, sino procedente de Cristo resucitado, que

es nuestra verdadera paz (Ef 2,13-18; Flp 2,5). Shalom expresa esta paz: bienestar en el Señor, armonía espiritual con el Creador, júbilo por la fe en Dios. Estuvo muchas veces en los labios y las intenciones de *Jesús hacia sus seguidores*.

Revive la experiencia pascual de los apóstoles (Jn 20,19-23): las primeras palabras que pronunció el Resucitado a sus apóstoles fue dos veces: "La paz esté con ustedes" (Jn 20,21). Está presente en su Iglesia y le da la paz y la unidad; los pecados ya no cuentan, pues todos forman una única comunidad en y con Cristo.

Al final de nuestro viaje por el mundo, el Señor nos pedirá cuenta de nuestros actos, no de los demás. Paz es ver los actos pasajeros del existir que hoy son y mañana ya se fueron, y sacarlos de su insignificancia, ponderando el verdadero sentido de la vida. Tener paz es estar inundados de regocijo por sabernos amados por el Padre.

b) El gesto de la paz

No es un simple saludo, ni momento para intercambiarse felicitaciones, o recreo litúrgico. Es una oración y un signo, un compromiso personal y sincero de reconciliación y de paz (Not 9, 1973, 145). Expresa la dimensión social de la Eucaristía y el aspecto horizontal de nuestra fe, siempre con referencia a Cristo. Testimonia el don y la tarea de una profunda cercanía de los fieles entre sí y con el Señor, como hermanos de una gran familia.

No es momento de felicitaciones, ni siquiera en Ordenaciones y otros sacramentos, sino un compromiso público de construir la paz. Debe conservar el equilibrio entre los extremos: ni un frío formalismo, ni una exagerada manifestación de cariño, sino la expresión ritual de unos sentimientos sinceros de fraternidad, reconciliación, solidaridad, compromiso a favor de la paz.

Si estamos dispuestos a comulgar, hemos de estar dispuestos a solidarizarnos, reconciliarnos y compartir con los hermanos, en un espíritu de comunión fraterna. La participación en el Pan único, que es Cristo, exige la unión y la concordia fraterna. Por eso imploramos paz y unidad para la Iglesia y para toda la familia humana, y nos expresamos mutuamente nuestra caridad, antes de participar del mismo Pan.

Es un gesto facultativo, si resulta significativo y está debidamente motivado, por eso no se puso obligatorio, como deseaba Pablo VI.

ACTUEMOS

El ritual constituye un "paralenguaje actuado". Su concepto es distinto del concepto de técnica y de juego. Toda acción ritual tiene cierto carácter religioso, en la medida en que sirve para sacralizar

alguna actividad social o institucional, e integrar a los miembros en el orden establecido.

El rito posee la virtualidad de poner en comunicación a la sociedad (o a un grupo sectorial) con su herencia cultural, poniendo en acción resortes más básicos que el discurso racional. Va dirigido a la experiencia profunda, a renovar la fe vivida, las emociones de participación en el cuerpo social o comunitario al que se pertenece. Sirve a la regeneración del tejido simbólico y real de la convivencia. Su lenguaje no se reduce a producir un efecto noético, o expresivo, o informativo, sino que incide en la conformación de la realidad social, del cuerpo social, modelando los individuos con las propiedades adecuadas para ocupar las posiciones preestablecidas en su sistema ritual y social; generalmente el primero legitima al segundo, aunque a veces lo impugne. Se da una circularidad constructiva entre el tiempo ritual y el tiempo real.

La práctica ritual cumple una función mediadora con vistas a la integración del sistema social, de los individuos en el sistema y consigo mismos, de la sociedad en el ecosistema natural y con el ámbito de lo divino o del sentido atribuido a la globalidad de la experiencia del mundo. Está en juego alguna forma de poder, referida a un marco de decisiones colectivas. Legitima el poder por una última instancia simbolizada, logrando una adhesión vivida a un sistema de ideas y valores compartido. Los participantes andan negociando con el poder, para servirse de él o para servirlo, de manera ambigua. Se instaura una dialógica entre el poder que se sacraliza, y lo sagrado que se imbuye de poder.

Los ritos vivos son catalizadores de energías transformadoras, creativas, asociativas, que crean comunidad. Llevan cierto adoctrinamiento, pero nos modelan, y también hemos de moldearlos nosotros. Habrá que discernirlos críticamente, a fin de que se aparten de la doctrina que apaga la inteligencia o la adormece, y despierten la conciencia a grados crecientes de humanización.

Cómo mejorar el Rito de la Paz:

Es fundamental que este gesto resulte verdadero y exprese sentimientos reales de fraternidad, reconciliación, unidad y compromiso mutuos. No lo convirtamos en un ademán sin sentido, banalizándolo como un simple saludo callejero, haciendo el momento como una especie de "recreo" litúrgico.

La Eucaristía es un medio de reconciliación sincera, incluso con los hermanos que se oponen o se alejan. Sólo los difuntos descansan en la paz de los sepulcros. En este mundo de activismo, ajetreos, prisas, estrés, compromisos, preocupaciones, necesitamos la paz que el mundo no nos puede dar (Jn 14,27).

Por lo que toca al mismo rito de la paz, establezcan las Conferencias Episcopales el modo más conveniente, según las costumbres y el carácter de cada pueblo. Pero conviene que cada uno exprese el signo de la paz sobriamente y sólo a las personas más cercanas" (IGMR 82).

Dejemos de vernos como adversarios y tratémonos con dignidad y respeto. Todo conflicto o controversia merece que se gestione, prevenga o resuelva para que no escale y se transforme en un conflicto grande o ruidoso, en una crisis social que detone violencia. Nuestro tejido social deshilachado amenaza a todos.

Hablar de unidad parece ingenuo, cuando por todos los medios se insiste en la polarización. Las fuerzas que nos dividen son profundas y reales, sobre todo al ser estimuladas desde el poder público. Queremos resignificar las desconexiones por medios de encuentros significativos en nuevos acuerdos de convivencia.

Somos propensos a convivir en paz, pero si el entorno es adverso el derecho de las personas se vuelve vulnerable. Actuando de forma egoísta, carentes de solidaridad sin ayudar a los demás, polarizando a los diversos actores y sectores de la sociedad, somos parte del problema y no de la solución. Entre más unidos estemos, seremos más fuertes, entre más divididos, más débiles. Evitemos que se desgarré más el tejido social de México.

Es hora de unirnos para luchar contra las adversidades que socavan nuestro tejido social como la ira, el resentimiento, el odio, el egoísmo, la ambición, el desorden, la violencia, el desempleo, la polarización, la creciente desesperanza y la epidemia de Covid 19.

Todas las partes implicadas en determinado conflicto o controversia colectivamente resuelven cómo manejar sus consecuencias e implicaciones en el futuro, como voluntarios protagonistas de la búsqueda y construcción de una solución basada en el diálogo.

Pero para reconstruir el tejido social no basta hacer más consciente el rito de la paz, sino hacerlo parte de un proceso que tiene los siguientes pasos:

- 1) Sensibilizar (con esperanza): ubicar las necesidades que han dejado las experiencias de desconexión.
- 2) Encuentro (en la verdad): diseñar y realizar los encuentros que atiendan esas necesidades para interesar y articular actores.

3) Comprender (con empatía): asumir la propia responsabilidad y los recursos que están a nuestro alcance.

4) Transformar (con justicia): ubicar la visión, la actitud y la práctica a instalar.

5) Revincular (con reconciliación): identificar la desconexión local y generar el encuentro de reconciliación para llegar a una misión común.

6) Renovar (con cuidado): recuperar el proceso y generar un nuevo acuerdo para el buen convivir.

Un ejemplo realizado en la familia: Sensibilizar: la familia está desconectada porque no se conocen ni saben cómo convivir. Encuentro: realizan encuentros donde platican sobre su comida favorita, pasatiempos, historias que más han marcado a la familia. Comprensión: cada uno ubica su responsabilidad y recursos. Transformación: qué es necesario instalar en la familia para que exista una buena convivencia. Revinculación: comparten la experiencia con otra familia que está en el mismo proceso para identificar una misión común. Renovación: acuerdos para el buen convivir.

LLEVÉMOSLO A LA ORACIÓN

Canto: Tu reino es vida.

De la Carta a los Romanos (12,9-18):

Hermanos: Tengan esperanza y sean alegres. Sean pacientes en las pruebas y oren sin cesar. Compartan con los hermanos necesitados, y sepan acoger a los que estén de paso. Bendigan a quienes los persigan: bendigan y no maldigan. Alégrense con los que están alegres, lloren con los que lloran. Vivan en armonía unos con otros. No busquen grandezas y vayan a lo humilde; no se tengan por sabios. No devuelvan a nadie mal por mal, y que todos puedan apreciar sus buenas disposiciones. Hagan todo lo posible para vivir en paz con todos. Palabra de Dios.

Preces por la paz:

Oremos, hermanos, a Dios Padre todopoderoso, que ha enviado a su Hijo para traer la paz en la tierra y la renovación en todo el universo, a fin de que se digne llenarnos con sus bienes. Y respondamos a cada petición:

R. Escúchanos, Señor, y danos tu paz.

Por el fin de la violencia perpetrada por las palabras duras, las armas mortales o la indiferencia fría. Que nuestros hogares, nuestra nación y los países de

todo el mundo se conviertan en remansos de paz, roguemos al Señor. R.

Por la gracia de ver a cada ser humano como hijo de Dios, sin importar la raza, el idioma o la cultura, y la sabiduría de recibir las historias y experiencias de los que son diferentes a nosotros para responder con respeto, roguemos al Señor.

Por la fortaleza para enseñar a las nuevas generaciones cómo resolver las diferencias sin violencia y con respeto, y el valor para demostrarlo con nuestro propio comportamiento, roguemos al Señor.

Por nuestra comunidad de fe, para que podamos celebrar y acoger los diversos rostros de Cristo en nuestro culto, nuestros servicios y nuestros líderes, y podamos responder con valentía al llamado del Espíritu Santo a actuar juntos para acabar con la violencia y el racismo, roguemos al Señor.

Por sanación y justicia para todos los que han sufrido violencia, extorción, secuestro, amenazas o discriminación, y por la solidaridad en nuestra familia humana global, para que trabajemos juntos en proteger a los más vulnerables y necesitados, roguemos al Señor.

Por la protección de todos los policías y socorristas que arriesgan su vida a diario para garantizar nuestra seguridad; por una acción de seguridad pública justa y equitativa que promueva la paz y el bienestar en todos nuestros vecindarios, roguemos al Señor.

Por los funcionarios públicos, para que se esfuercen en trabajar por equidad en la educación, viviendas dignas e igualdad de oportunidades de empleo para todos, roguemos al Señor.

Por nuestra comunidad, para que cultivemos la acogida, brindemos hospitalidad y fomentemos la participación de personas de toda cultura, etnia y origen, roguemos al Señor.

Por el valor de conversar sobre temas de inseguridad y violencias, para apreciar cómo nuestras palabras, acciones o silencios impactan en las comunidades, roguemos al Señor.

Oremos ahora como Jesús nos enseñó: *Padre nuestro...*

Dios omnipotente y misericordioso, Señor de la historia, ampara al mundo y a sus habitantes con la paz, alejando de él el destructivo oleaje de la violencia, restaurando la amistad y derramando en los corazones la confianza y el perdón. Te pedimos por todos los que han muerto, víctimas de la violencia, que su muerte no sea en vano, y que los justos intercedan por el mundo, sacudido por la angustia y desgracias. Escucha compasivo esta oración elevada a Ti entre el estruendo y la desesperación del mundo, y aleja de nosotros el látigo de las distintas formas de violencia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Amén.

Canto: Señor, hazme instrumento de tu paz.

4 TEMA

“LOS RITOS DE LA COMUNIÓN Y LA RECONSTRUCCIÓN DEL TEJIDO SOCIAL”



Objetivo:

Reflexionar en la importancia y la proyección que tiene participar de Jesús Eucaristía en el Rito de la Comunión, para que descubramos el compromiso que tenemos en la reconstrucción del tejido social

Oración:

En el nombre del Padre...

Canto: “Espíritu Santo ven, ven...”

Juntos digamos esta oración por la paz:
Señor Jesús, Tú eres nuestra paz, mira nuestra Patria dañada por la violencia, y dispersa por el miedo y la inseguridad.

Consuela el dolor de quienes sufren. Da acierto a las decisiones de quienes nos gobiernan. Toca el corazón de quienes olvidan que somos hermanos y provocan sufrimiento y muerte. Dales el don de la conversión.

Protege a las familias, a nuestros niños, adolescentes y jóvenes, a nuestros pueblos y comunidades. Que como discípulos misioneros tuyos, ciudadanos responsables, sepamos ser promotores de justicia y de paz, para que en Ti, nuestro pueblo tenga vida digna. Amén.

Introducción

El fenómeno de la violencia en nuestra Patria cada día aparece, crece y se manifiesta de muchas maneras sorprendiéndonos, desconcertándonos y desorientándonos por lo inédito de la situación. Como hijos de Dios y discípulos misioneros de Jesucristo, llamados a tener vida plena, no podemos perder el sentido de la vida, ni mucho menos resignarnos a la violencia, si no que nos debemos de empeñar en diseñar proyectos para ser constructores de paz, a ejemplo de Cristo, nuestra Paz.

I. Veamos nuestra realidad: El fenómeno de la violencia

Ubiquemos nuestro tema partiendo de nuestra realidad para luego iluminarla. Responsumos las siguientes preguntas y luego compartamos con los demás nuestras respuestas.

1. ¿Cómo veo y qué pienso sobre la violencia y la inseguridad en México?
2. ¿Qué entiendo por la destrucción del tejido social?
3. ¿Qué nos dirá el Señor Jesús ante el fenómeno creciente de la violencia y la inseguridad en nuestra Patria?

Después de responder las preguntas anteriores y compartir nuestras respuestas, ¿qué conclusiones podemos deducir de este momento de nuestro tema?

Vivimos una crisis antropológico-cultural que provoca la desestructuración de las familias y del tejido social (VI PDP 479), lo cual podemos constatar en el creciente fenómeno de la violencia y la inseguridad (cf. John Auping Birch, SJ, *La violencia en México. Otras miradas*, 63-83; *Jesuitas por la paz, Reconstrucción del tejido social: Una apuesta por la paz*, 29-31). México es uno de los tres países más peligrosos del continente americano junto a Colombia y Venezuela.

La violencia es una transgresión a la armonía personal o comunitaria que genera desconexiones existenciales y distorsiones de identidad, los vínculos y los modos de establecer acuerdos con otros, favoreciendo visiones, actitudes y prácticas orientadas a la fragmentación del tejido social.

La violencia es un fenómeno multicausal, destacándose las causas culturales y estructurales. Sus raíces se encuentran en un proceso de desvinculación social y existencial que ha deteriorado los sistemas que regulan la conducta en el ámbito familiar, vecinal, escolar o laboral, favorecido por el individualismo y la deficiencia de los sistemas de justicia.

En nuestra Patria el contexto social caracterizado por la inseguridad, la delincuencia, el control del territorio por el crimen organizado y la violencia es sólo la parte visible de un problema de fragmentación social (destrucción del tejido social) que afecta los distintos ámbitos de la vida personal y colectiva.

II. Iluminemos nuestra realidad: Los Ritos de la Comunión

Después de ver y reflexionar sobre la realidad del fenómeno de la violencia y la inseguridad en nuestra Patria, vamos ahora a profundizar e iluminar un poco dicho fenómeno desde las implicaciones que tiene participar de Jesús Eucaristía en el Rito de la Comunión, para luego ir al encuentro con los hermanos y comprometernos en la reconstrucción del tejido social.

La violencia es una oportunidad para repensar nuestras visiones, nuestras actitudes y nuestras prácticas, ubicar aquellas que nos vinculan, las que nos desvinculan y las que nos reconcilian, para emprender una conversión que permita fortalecer el sentido comunitario de la vida, recuperar la confianza en el otro y comprender y vivir prácticas de inclusión.

Los Ritos de la Comunión

En el Ordo Missae la Comunión aparece como la meta orgánica de toda la celebración y la cumbre de la participación de los fieles, "La celebración del sacrificio eucarístico está totalmente orientada hacia la unión íntima de los fieles con Cristo por medio de la comunión" (CEC 1382). Viene preparada por unos ritos que no se obstruyen mutuamente sino que forman una secuencia de unidades ordenadas: el padre nuestro, la paz y la fracción del pan.

Dos acciones de Jesús se realizan en esta parte de la Misa: Jesús partió el Pan (Fracción del Pan) y lo repartió (Comunión eucarística), y ambas tienen un significado de unidad, solidaridad y reconciliación.

Fracción del Pan

"El acto de la fracción del Pan, realizado por Cristo en la última Cena, fue el que en los tiempos apostólicos sirvió para denominar a la íntegra acción eucarística. Este rito no sólo tiene una finalidad práctica, sino que significa además que nosotros, que somos muchos, en la comunión de un solo Pan de Vida, que es Cristo, nos hacemos un solo Cuerpo (1 Co 10,17). La fracción empieza después del rito de la paz, y se realiza con la debida reverencia, sin prolongarla innecesariamente y sin darle una importancia exagerada. Este rito está reservado al sacerdote y al diácono. El sacerdote parte el Pan y deja caer una parte de la Hostia en el cáliz para significar la unidad del Cuerpo y la Sangre del Señor en la obra de la salvación, es decir, del Cuerpo de Jesús viviente y glorioso" (IGMR 83).

El gesto se remonta a Cristo (Mt 24,19; Mc 14,22; Lc 22,19; 1Co 11,24; Lc 24,30-31.35), y designó la celebración eucarística (Hch 2,42.46; 20,7.11; 1Co 10,16; Didajé 14,1; Ignacio de Antioquía, Carta a los efesios 20,2). Aparece en la capilla griega de las catacumbas de Priscila en Roma (s. III). Primero era un gesto funcional: se partía para poderse repartir. Como todos los fieles comulgaban (los paganos se excluían de la celebración; los catecúmenos y penitentes ya habían sido despedidos), era un rito espectacular, largo, solemne e imponente. Poco a poco se le fue dando una explicación simbólica: el único Pan partido para que todos puedan participar de él simboliza la unión y comunión de los fieles entre sí como miembros de la Iglesia, y sobre todo de la unión con Cristo (1Co 10,16-17; Didajé 9,4). En el siglo VII el Papa Sergio pidió que el canto fuera el Agnus Dei. La Comunión se hacía siempre con pan partido.

Cuando sólo comulgaba el sacerdote, el gesto perdió su función y sentido originario, y se consideró recuerdo o evocación de la Muerte del

Señor por la separación del Cuerpo y el alma de Cristo en la Cruz. En el siglo IX se confeccionaron panecitos individuales, cada vez más delgados. En el misal de Trento terminado el Padrenuestro, se rompe un pan que no se va a compartir, seguido de oraciones y luego el Agnus Dei rezado.

La reforma litúrgica recuperó este acto simbólico sacramental que forma parte de los gestos realizados por Jesús en la Cena. Significa la unidad eclesial. Compartir el pan nos hace com-pañeros, pero también el Cuerpo destrozado de Jesús. Lo cantan las liturgias: "Verdaderamente así sufrió el Verbo de Dios en su carne y fue sacrificado y quebrantado en la Cruz... y su costado fue traspasado por una lanza" (liturgia siro occidental). "Se rompe y se divide el Cordero de Dios, Hijo del Padre; es partido, pero no disminuye; es comido siempre, pero no se consume; sino que Él santifica a quienes participan" (liturgia bizantina). Es el Cordero inmolado que carga con nuestros pecados.

"Conviene, pues, que el pan eucarístico, aunque sea ázimo y elaborado en la forma tradicional, se haga en tal forma que el sacerdote, en la Misa celebrada con el pueblo, pueda realmente partir la Hostia en partes diversas y distribuir las, al menos a algunos fieles. No se excluyen de ninguna manera las hostias pequeñas, cuando así lo exige el número de los que van a recibir la sagrada Comunión y otras razones pastorales. Pero el gesto de la fracción del pan, que era el que servía en los tiempos apostólicos para denominar la misma Eucaristía, manifestará mejor la fuerza y la importancia del signo de unidad en un solo pan y de la caridad, por el hecho de que un solo pan se distribuye entre hermanos" (IGMR 321).

Que el rito se realice de modo expresivo y visible. No se empalme con el momento de darse la paz. Haya patenas vacías para depositar los fragmentos. "La preparación del pan requiere un atento cuidado, de modo que su confección no vaya en detrimento de la dignidad y reverencia debida al Pan eucarístico, haga posible una expresiva fracción, no origine excesivos fragmentos, y no hiera la sensibilidad religiosa del pueblo al comerlo" (ID 5).

Comunión:

Comunión ("communio", acción de unir, de asociar y participar), significa la unión de las personas con Cristo o con Dios, o con la comunidad eclesial, o la "comunión de los santos" en una perspectiva eclesial más amplia. Desde el punto de vista eucarístico designa la participa-

ción de los fieles en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

El Rito de la Comunión se inspira en el que describen los textos antiguos, desde las Catequesis de Jerusalén, a fines del siglo IV (cf. san Cirilo de Jerusalén, catequesis 23; mistagógica 5) y la práctica en Roma (cf. Hipólito, Tradición apostólica), plasmada después en el Ordo Romano I..

Aunque la realidad sea la misma, tanto si se comulga bajo una como bajo ambas especies, los signos del pan y de la copa expresan toda la riqueza del sacramento. El Rito de la Comunión supone tradicionalmente la mediación de un ministro "ordenado", que manifiesta que la eucaristía en un don que se recibe (mediación eclesial). Es el momento culminante de la celebración de la Eucaristía. Después de que Cristo se nos ha dado como palabra salvadora, ahora, desde su existencia de Resucitado, se quiere hacer nuestro alimento para el camino de nuestra vida terrena y como garantía de la eterna.

"Si ustedes son cuerpo de Cristo y miembros suyos, su misterio está sobre la mesa del Señor, y lo que reciben es su misterio. Con el Amén responden lo que son, y respondiendo lo suscriben... Sean, pues, miembros del Cuerpo de Cristo, para que sea verdadero su Amén" (san Agustín).

Partir de, con y en Cristo hacia la reconstrucción del tejido social

La comunión tiene a la vez sentido vertical, de unión eucarística con Cristo, y horizontal, de sintonía con la comunidad eclesial: estar en comunión con la Iglesia. La "excomunión" significa la exclusión en ambos aspectos. Gracias a esa comunión con Cristo, la Eucaristía hace comulgar con los hermanos, miembros del cuerpo místico de Cristo, y construye la unidad de la Iglesia. Dentro de este marco, la fraternidad es un elemento esencial, pues "así como el Bautismo se llama sacramento de la fe, la Eucaristía se llama sacramento de la caridad" (Tomás de Aquino, STh, III, q.73, a.3 ad 3).

En este sentido así se ha expresado el Magisterio más reciente de la Iglesia: "La Eucaristía es acontecimiento y proyecto de fraternidad" (DD 72); "No sólo la Eucaristía dominical sino todo el domingo se convierte en una gran escuela de caridad, de justicia y de paz (DD 73); Que el cristiano que participa en la Eucaristía aprenda de ella a ser promotor de comunión, de paz y de solidaridad en todas las circunstancias de la vida (cf. MND 27); "Las relaciones de paz,

comprensión y concordia en la ciudad terrena son sostenidas por el sacramento de Dios con nosotros y para nosotros” (cfr. Año de la Eucaristía, sugerencias y propuestas 27); “En la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Por consiguiente, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse «pan partido» para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno” (cfr. SCa 88). “En efecto, quien participa en la Eucaristía ha de comprometerse en construir la paz en nuestro mundo marcado por tantas violencias y guerras, y de modo particular hoy, por el terrorismo, la corrupción económica y la explotación sexual” (cfr. SCa 89).

Nuestra Patria necesita con urgencia comenzar a reconstruir el tejido social, para ello será muy importante diseñar y desarrollar una pedagogía en este sentido siendo promotores y constructores de la cultura de la paz, para que la gente no se aísle ni se resigne a la violencia.

En el Rito de la Comunión nos encontramos con Jesús Eucaristía. En ella somos invitados a ir de Cristo en el altar a Cristo en el hermano víctima de la violencia; recordemos que el que ama más y es quien más participa de la Eucaristía. Por ello nuestra tarea es doble: trabajar preventivamente erradicando las causas de la destrucción del tejido social y atender a las víctimas de la inseguridad y la violencia.

“El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia a estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla gran parte de la humanidad: situaciones cuya causa implica una clara e inquietante responsabilidad. ‘Menos de la mitad de las ingentes sumas destinadas globalmente a armamento sería más que suficiente para sacar de manera estable de la indigencia al inmenso ejército de los pobres. Esto interpela a la conciencia humana. Nuestro común compromiso por la verdad tiene que dar nueva esperanza a estas poblaciones que viven bajo el umbral de la pobreza, más a causa de situaciones que dependen de las relaciones internacionales políticas, comerciales y culturales, que de circunstancias incontroladas’. El alimento de la verdad nos impulsa a denunciar las situaciones indignas del hombre, en las que a causa de la injusticia y la explotación se muere por falta de comida, y nos da nueva fuerza y ánimo para trabajar sin descanso en la construcción de la civilización del amor. Los cristianos han procurado desde el principio compartir sus bienes (Hch 4,32) y ayudar a los pobres (Rm 15,26). La colecta en las asambleas litúrgicas nos lo recuerda y es una necesidad muy actual. Las instituciones eclesiales de

beneficencia, en particular Caritas en sus diversos ámbitos, prestan el precioso servicio de ayudar a las personas necesitadas, sobre todo a los más pobres. Estas instituciones, inspirándose en la Eucaristía, sacramento de la caridad, se convierten en su expresión concreta; por ello merecen todo encomio y estímulo por su compromiso solidario en el mundo” (SCa 90).

“En la Eucaristía lo creado encuentra su mayor elevación. La gracia, que tiende a manifestarse de modo sensible, logra una expresión asombrosa cuando Dios mismo, hecho hombre, llega a hacerse comer por su criatura. El Señor, en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. No desde arriba, sino desde adentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a él. En la Eucaristía ya está realizada la plenitud, y es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable. Unido al Hijo encarnado, presente en la Eucaristía, todo el cosmos da gracias a Dios. En efecto, la Eucaristía es de por sí un acto de amor cósmico: ‘¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo’ (EdE 438). La Eucaristía une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado. El mundo que salió de las manos de Dios vuelve a él en feliz y plena adoración. En el Pan eucarístico, «la creación está orientada hacia la divinización, hacia las santas bodas, hacia la unificación con el Creador mismo» (Benedicto XVI, Corpus 2006). Por eso, la Eucaristía es también fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado” (LS 236).

III. Actuemos para transformar nuestra realidad: Reconstrucción del tejido social

El tejido social hace referencia a los vínculos que se establecen entre personas e instituciones, los cuales son definidos por unos referentes de identidad y se verifican por los acuerdos que logran construir para mejorar sus condiciones de vida. Son tres los sistemas que configuran el tejido social: la identidad, los vínculos y los acuerdos. Sistemas que, para hacerlos operativos, se han desagregado en visiones (identidad), actitudes (vínculos) y prácticas (acuerdos).

Las visiones hacen referencia a las narrativas o referentes de identidad que sostienen y reproducen un modo de relaciones y un modo de organizarse. Las actitudes, hacen referencia al modo de relacionarse con las personas y con el medio am-

biente, se trata de vínculos socio ambientales. Las prácticas hacen referencia a los modos de organizarse de una sociedad donde se expresan esas visiones y esas actitudes.

Cuando se habla de la reconstrucción del tejido social, se hace referencia a la elaboración de una nueva síntesis entre el pasado y el presente, donde se retoma lo mejor de lo anterior y lo mejor de la actualidad para construir las visiones, las actitudes y las prácticas que hoy necesitamos para el buen convivir.

Por reconstrucción del tejido social se hace referencia a los procesos encaminados a fortalecer la identidad de una localidad, los vínculos de confianza y cuidado, y las habilidades para ponerse de acuerdo. Se trata de construir visiones, actitudes y prácticas que hagan sostenible el buen convivir.

El buen convivir es un horizonte de vinculación armónica que hace posible la paz y que orienta el camino de la reconstrucción del tejido social; es la armonía anhelada entre personas y es el entorno que surge de resignificar el sufrimiento y aprender a convivir con el otro. En términos cristianos podríamos decir que el buen convivir es esa utopía del reinado de Dios, donde las personas logran conectarse con el dinamismo de cuidado existente en la creación para vivir el cuidado de los otros; reconociendo que hay un centro y un orden que orientan nuestra acción y nuestra intención.

Reconstruir el tejido social en México no es una tarea ni fácil ni rápida, y además de

empeñarnos en ello con creatividad y valentía, necesitamos de mucha paciencia y colaboración de todos los sectores y personas comprometidas por la paz en nuestra Patria. Por ello hagámonos las siguientes preguntas y tratemos de responderlas, esperando que al final cada uno de nosotros nos comprometamos en esta tarea.

1. ¿A qué me comprometo participar de Jesús Eucaristía en el Rito de la Comunión en favor de la reconstrucción del tejido social?
2. ¿Cómo puedo ser promotor de la dignidad humana y la vivencia de sus valores?
3. ¿Cómo puedo promover la justicia y la paz?

IV. Celebremos para agradecer este momento de reflexión

Concluamos nuestro tema agradeciendo al Señor lo reflexionado y que Él nos ayude a trabajar en favor de la reconstrucción del tejido social.

Guía: Agradecemos a Dios nuestro Padre que tanto nos ama y que nos lo ha manifestado a través de su Hijo Jesucristo recitando el Padre nuestro. Invoquemos y pidamos también que la Santísima Virgen María nos acompañe en la tarea de cada día en la reconstrucción del tejido social.

“Gloria al Padre...”

*V. Santa María de Guadalupe,
R. Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*

5 TEMA

EL ENTORNO HISTÓRICO DEL PRIMER MILAGRO



1. Mirando desde lejos.

Los acontecimientos, como las semillas en un campo recién llovido, irrumpen en la vida de los pueblos sin orden aparente, asincrónicos, y disparados en distintas direcciones; de suyo, no podemos prever su resultado final, que puede curar o envenenar, embellecer o enredar, diluir o fortalecer. Además, aunque los eventos posean su valencia específica, el hombre, usando su libertad y su inteligencia, y Dios, su amor providente, pueden fermentarlos y redireccionar su cauce. Pasado el tiempo, se pueden calibrar las fortalezas y debilidades de los sucesos.

2. En un rincón del Imperio.

En 1623 en un remoto rincón periférico del Imperio Español, por entonces el más poderoso del mundo, en el virreinato de Nueva España, en el reino de Nueva Galicia, a mediados de diciembre, tuvo lugar en el pueblo de indios de San Juan (actual San Juan de los Lagos), donde se encontraba un hospital en el camino a Guadalajara, conocido como San Juan Bautista de Mezquitic (¿Mezquititlán?), el llamado Primer Milagro de la Virgen de San Juan. Este hecho movi-

lizaría la piedad del occidente de Nueva España en una época que planteaba enormes retos para sus habitantes. Este milagro es un hecho peculiar, diferente de los demás acontecimientos. Descubrir minerales en una zona puede movilizar mineros, generar disposiciones legales, o implicar la apertura de caminos. Una guerra puede aniquilar bienes y personas, modificar agendas y fronteras, o extender nombramientos. Un milagro, en cambio, afecta la adhesión a ciertas creencias y valores, abre horizontes y expectativas, transforma el modo como miramos el mundo. Justamente esta es su fuerza.

Nosotros, a 400 años de tal prodigio, nos damos cuenta de que sus efectos perviven y se acrecientan, mientras que pierden valor otros acontecimientos que en su momento parecían imponentes. Y es que el mensaje del fenómeno religioso en torno a la Virgen de San Juan de los Lagos es fuertemente evangélico, respuesta a múltiples males que nos laceran, y propuesta de un estilo de vida innovador para los discípulos de Cristo, habitantes de mundos violentos, calamitosos y neciamente terrenales.

El milagro de la Virgen de San Juan es un llamado a apreciar la vida humana, a unirse

en ese propósito las distintas razas, a perseverar en la plegaria confiada, a reconocerse acompañados por María y por Dios en las cañadas más pobres y lejanas, y a caminar para encontrarnos unos con otros y con Dios como familia. Vida, familia, unidad y plegaria: gran legado para una época violenta e injusta, donde el desarraigo impera, las tensiones sociales frecuentemente estallan, y la fe tal vez no sea el motor de las personas; mensaje profético para una época como aquella de 1623... o como la nuestra.

3. España, de la cumbre al valle.

El 31 de marzo de 1621 moría a los 42 años el rey de España Felipe III; heredaba a su hijo, Felipe IV, un joven de 16 años, el Imperio Español en su máxima extensión, paz internacional y una gran efervescencia cultural, sobre todo en Sevilla y Madrid: el Siglo de Oro. Tal heredero, gobernaría España por 44 años. Aun cuando el nuevo rey era demasiado joven, el panorama parecía prometedor; la realidad no lo fue tanto.

Dos décadas más tarde el Imperio Español sufriría la insurrección de varios de sus reinos, particularmente Cataluña, y el desprendimiento del reino de Portugal, que había sido gobernado por la corona española de 1580 a 1640. Además, España se involucró en la Guerra de los Treinta años, un conflicto multipolar, sólo en apariencia de origen religioso, en el que hubo 13 declaraciones de guerra y 10 tratados de paz entre 1618 y 1648; como resultado, España dejó de ser superpotencia, creándose un equilibrio de poderes.

4. La España católica.

Un año después del ascenso al trono de Felipe IV, España veía la canonización de sus más ilustres hijos, y sentía confirmaba su convicción de ser el baluarte de la Iglesia católica, en confrontación con el protestantismo: el 12 de marzo de 1622, en una única ceremonia eran elevados a los altares los beatos Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Ávila, Isidro Labrador y Felipe Neri.

Claro que la monarquía hispánica no miraba a la Iglesia desde nuestra perspectiva. Para los reyes españoles se podría ser ferviente católico y al mismo tiempo lanzar sus ejércitos contra el Papa; bloquear la difusión del luteranismo, pero también imponer el pase real a la comunicación entre el Papa y los obispos, ya fuera correspondencia o documentos de la Santa Sede.

El rango de rey católico le permitiría a Felipe IV imponer el uso de alzacuello a los sacerdotes de sus reinos, o difundir, como el resto de monarcas hispánicos, la devoción a la Inmaculada Concepción; además de ejercer todos sus derechos de patronato en Granada, las Canarias, y las Indias, derechos que incluían la presentación de la terna de obispos, párrocos y canónicos; el cobro de diezmos, el control de la Inquisición, la autorización de construcción de iglesias, conventos y hospitales, etc.

Un control tan asfixiante de la Iglesia como el que implicaba el Patronato regio, provocó varios esfuerzos frustrados de los Papas por removerlo. Y llevó, justo ese año de 1622, a Gregorio XV, un Papa que reinó apenas dos años y medio, a instituir la Congregación de Propaganda Fide, cuya jurisdicción llegó a abarcar enormes áreas geográficas en países no católicos y tierra de misión (todavía actualmente la Congregación, creada hace cuatro siglos, dirige una tercera parte de las diócesis del mundo). El Papa hubiera querido que la congregación recién fundada incluyera también a las diócesis de América; pero desde luego que la monarquía no lo podía permitir. En fin, la bandera de monarquía católica parecía más bien un asunto de intereses económicos y de poder, que un propósito de servicio. Desde luego, los monarcas comulgaban cuatro veces al año, como todo buen católico; asistían a Misa todos los días y contaban con un confesor y predicador real; pero no tuvieron el valor de impulsar estructuralmente el auténtico bien de la comunidad cristiana.

5. Nueva España y el Primer centenario de la Conquista.

De este lado del mundo, a pesar del luto por la muerte de Felipe III, Nueva España parecía tener varias razones para expresar su orgullo. 1621 era el año del Centenario de la Conquista de México (de Mexico-Tenochtitlan, aunque no lo fuera de Nueva Galicia [el occidente: Jalisco-Nayarit-Colima-Aguascalientes-Zacatecas], y mucho menos de Nueva Vizcaya [el noroeste: [Durango, Chihuahua, Coahuila]); la celebración tuvo lugar el 13 de agosto, con el duelo reflejado en el negro de la vestimenta de varios dignatarios, pero también derrochando lujo, exhibiendo fortaleza y exigiendo disciplina a una sociedad férreamente estratificada.

Por entonces, el virreinato de Nueva España, decretado el 1 de enero e instaurado el 8 de marzo de 1535, comprendía los reinos de México (1527), Nueva Galicia (creado en 1531), Guatemala (1540), Nueva Vizcaya (1562), Nuevo Reino de León (1569), y Santa Fe de Nuevo México (1598), y las capitanías de Santo Domingo, Yucatán, Filipinas y Puerto Rico (Wikipedia, Virreinato de Nueva España).

Tenía, además, nueve diócesis: Puebla (1525), México (1530), Guatemala (1534), Antequera (1535), Michoacán (1536), Chiapas (1539), Guadalajara (1548), Yucatán (1561), y la más joven, Nueva Vizcaya (Durango), erigida en 1620 (cf. Catholic-Hierarchy, México).

Cuatro generaciones de mestizaje, dominio político, evangelización católica e intercambio cultural, parecían haber configurado exitosamente una nueva nación. Pero sólo "parecía".

En realidad Nueva España distaba de ser un virreinato armónico. Las injusticias, la violencia y la corrupción dividían dramáticamente a la sociedad. Justo en las primeras dos décadas del siglo XVII, los novohispanos conocieron la más importante insurrección de esclavos negros (1602-1612), el más vigoroso levantamiento indígena de la Guerra del Mixtón, con su respectiva represión (en 1542), y el más clamoroso tumulto contra la autoridad virreinal en 1624.

7. Insurrección de Yanga y los esclavos negros.

La agricultura azucarera, la ganadería, la minería y la servidumbre a principios del siglo XVII se apoyaban ampliamente en la esclavitud de negros, traídos de la costa de Guinea, en África; por entonces serían alrededor de los 30,000 en Nueva España. Muchos de ellos optaban por fugarse a los montes y lugares inhóspitos (por lo cual se les llamaba cimarrones), construían "palenques" para habitar y se sustentaban, entre otras cosas, asaltando caravanas o rancherías (Secretaría de Cultura, Yanga, una victoria temprana contra la esclavitud y el racismo). Aunque hubo muchas rebeliones de negros desde 1521, hacia 1602 inició la más emblemática de todas, pues se sublevó cerca de Orizaba Yanga, un príncipe de la familia real de Gabón, traído como esclavo años atrás; varios cientos de negros y mulatos se le unieron y se enmontaron; hasta que el virrey Luis de Velasco envió una expedición, que estableció la paz, ya que no pudo derrotarlos. En cambio, ya sin dicho virrey, hubo mano dura en

la Ciudad de México, para enfrentar el rumor de levantamiento de los esclavos negros en 1612, y la Audiencia ejecutó a 29 hombres y 4 mujeres.

8. Levantamiento de tepehuanes.

En cuanto a rebeliones indígenas, en las primeras dos décadas del siglo XVII las hubo en Yucatán, Sonora, Sinaloa y Durango, donde tuvo lugar la más importante de todas. Efectivamente, en 1601 tuvo lugar la rebelión de los acaxes, en 1610, la de los xiximes, y en noviembre de 1616 la rebelión de los indígenas tepehuanes y tarahumaras, iniciada en Santiago Papasquiaro, que golpeó las misiones, minas y colonias de Durango, masacrando a ocho sacerdotes jesuitas, un franciscano, un dominico y junto con ellos, a cientos de cristianos tepehuanes, tarascos, tlaxcaltecas y mulatos.

Las tres rebeliones fueron similares a la del Mixtón, en Nueva Galicia: promovidas por los hechiceros, prometían ayudas milagrosas y anunciaban el triunfo contra los invasores y su religión. Varios males sufridos por los nativos, como epidemias y sequías, eran atribuidos a los cristianos. Una dura represión de la autoridad de Nueva Vizcaya al mando de Gaspar de Alvear y Salazar, apoyada por Nueva Galicia y Diego Fernández, el "Buen Virrey" de Nueva España, restablecerían una paz que sólo se consolidó con la numerosa afluencia de colonos a las minas de Parral, descubiertas en 1631 (Christophe Guidicelli, Un cierre de fronteras...taxonómico).

Definitivamente, la Conquista de Nueva Galicia, comparada con la Conquista de Mexico-Tenochtitlan, fue un enfrentamiento más cruel y prolongado, entre los españoles y sus aliados, y grupos indígenas con una vigorosa fuerza bélica, y animados por sus líderes espirituales. La Guerra del Mixtón, la Guerra Chichimeca y el levantamiento de los tepehuanes son la prueba. Justo en ese universo geográfico y étnico, se asienta San Juan de los Lagos.

9. El tumulto del 15 de enero de 1624.

En 1621 Nueva España despedía a uno de sus más apreciados virreyes, Diego Fernández de Córdova (1612-1621), impulsor de acueducto, dique y alcantarillado en la Ciudad de México; un hombre joven y dinámico (a los 34 años fue nombrado virrey) apodado el "Buen Virrey", insinuando el desacuerdo de los españoles con la gestión de sus predecesores y sucesores.

Efectivamente, su predecesor, el anciano Luis de Velasco y Castilla, había sido en dos ocasiones virrey de Nueva España (1590-1595, y 1607-1611), y en ambas había trabajado por mejorar la situación de los indígenas; en su último periodo, había logrado pacificar la rebelión Yanga en las inmediaciones de Orizaba, Veracruz, concediéndoles la libertad y permitiendo la fundación del pueblo de San Lorenzo de los Negros. Con seguridad estas medidas no resultaban del agrado de los españoles.

Después de Diego Fernández, quedó a cargo de Nueva España Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves (1621-1624), anciano mayor de 60 años a su llegada a Ciudad de México, que venía con el ánimo decidido a aumentar los ingresos de las arcas reales, eliminar los abusos de autoridad e imponer justicia. Es mérito suyo la fundación de la primera cátedra de cirugía en la Real y Pontificia Universidad de México; en cambio, su gran error fue ordenar en 1623 la suspensión de las costosas obras de drenado de las aguas de la Ciudad de México, iniciadas por su predecesor, lo cual generaría ya ese año una inundación, problema recurrente de la ciudad.

Trató de frenar el despilfarro del erario público, impedir el fraude, exigir el pago de impuestos, castigar el bandolerismo, reprimir la usura y mitigar la explotación de los indios y negros. Su rectitud e intransigencia chocó con los nobles, el arzobispo y al final con todos. Su rigorismo incluyó medidas como toque de queda en la capital, y prohibición a los negros de reunirse; cárcel a varios funcionarios, incluso amonestaciones a Juan Pérez de la Serna, arzobispo de México, situación que escaló al grado de que el prelado lanzó excomuniones, el entredicho sobre la ciudad a finales de diciembre de 1623, y terminó suspendiendo todo acto de culto el 15 de enero de 1624, cuando ya lo llevaban camino al destierro. Esto sublevó a la población, que, al grito de "Viva Cristo y muera el mal gobierno del hereje luterano", se amotinó y obligó al virrey a huir disfrazado para salvar la vida. Derrocado el virrey, el gobierno lo asumió la Audiencia de México (cf. Arnulfo Herrera, "Los verdaderos enemigos del gobierno virreinal").

Con lo anterior queda claro que Nueva España era profundamente católica, no sólo los peninsulares o el clero, sino también sus esclavos negros, y sus indios y mestizos, y que bloquear su religión era más explosivo que encare-

cer su maíz. Pero tampoco quedaba duda de su capacidad para impedir la legalidad o despojar al gobierno, a los hermanos o a las instituciones en provecho propio. Y todo esto se hacía en nombre de la fidelidad al rey, de modo que partidos contrarios decían desagrar y defender los derechos del monarca, como lo harían los insurgentes y los realistas dos siglos más tarde.

10. La gran inundación de 1629-1634.

Después de la conquista, la tala de árboles y la sedimentación de los drenes de la Ciudad de México provocó severas inundaciones los años de 1555, 1580, 1607 y 1615. Pero la crisis fatal se presentaría en 1629, a partir del 21 de septiembre, luego de una lluvia de casi dos días continuos, los niveles subieron más de dos metros, sin posibilidad de desalojarla. Las aguas tardaron cinco años en bajar, lo que obligó a emigrar, principalmente a Puebla, a una tercera parte de sus cerca de 150,000 habitantes que contaba la ciudad; muchos murieron por el hambre y las enfermedades vinculadas a la inundación (cf. Bernardo García Martínez, "La gran inundación de 1629", pp. 50-57). Solo una sequía en 1634, permitió resolver el problema.

Esto, desde luego, frenaría el desarrollo económico y cultural de la capital del virreinato. Podríamos intuir que ésto podría favorecer la expansión de devociones en otras latitudes, como la de la Virgen de San Juan.

11. División del obispado de Guadalajara.

Todavía en 1619 el territorio de la Diócesis de Guadalajara era desmesurado, incluía todo el norte de México y el sur de los Estados Unidos. Al año siguiente se decretó la creación de la diócesis de Durango, tomando todo el norte de la diócesis de Guadalajara, que conservaba, todo Jalisco, Zacatecas, Colima y Nayarit. La subdivisión provocó un fuerte deterioro de la economía de la diócesis tapatía, que debió ser ayudada por varias concesiones del rey Felipe IV (cf. David Zárate Weber, "Las vías sacras de Guadalajara", p. 18 y 23).

Si la economía de la sede episcopal de Nueva Galicia era pobre, con mayor razón lo era la de la mayoría de sus parroquias, entre ellas la de Jalostotitlán, a donde pertenecía San Juan de los Lagos. Tal vez eso explique por qué Zacatecas continuó perteneciendo al obispado tapatío por dos siglos y medio, hasta 1863.

12. Dos versiones del primer milagro.

Según el doctor Everardo López y el canónigo Jaime Gutiérrez (La imagen de Nuestra Señora de San Juan, pp. 37-38), el Archivo General de la Nación presenta dos versiones del primer milagro de la Virgen de San Juan, recogidas de los testigos más cercanos a los hechos. Ambas coinciden en la muerte de una niña de una familia de cirqueros españoles en el pueblo de San Juan Bautista; ambas afirman que Ana Lucía, la esposa del sacristán Pedro Andrés, llevó la imagen de la Virgen, asegurándoles que la Cihuapilli (Señora) resucitaría a la niña; y que hubo una oración prolongada por varias horas; también concuerdan los relatos en que la niña se recuperó inmediatamente en un determinado momento. Las versiones difieren en la modalidad de la muerte de la niña: una afirma que se mató jugando con unas dagas, y la otra señala una herida profunda en la cien al resbalar y caer sobre una piedra angulosa en el pórtico de una puerta.

Esta familia de cirqueros, tal vez gitanos, se ganaba la vida en los pueblos mineros y en los grandes núcleos urbanos, realizando juegos y exhibiendo animales amaestrados. Por eso se dirigían, procedentes de San Luis Potosí, a Guadalajara. El río San Juan aún no tenía puente, pero era vadeable en ciertas épocas del año, al igual que en la Villa de Santa María de los Lagos.

Por eso, tras el primer milagro, viendo que la frágil imagen de Nuestra Señora estaba deteriorada, la familia favorecida quiso mostrar su gratitud restaurándola en Guadalajara. Seguramente las poblaciones de Jalostotitlán, Tepatlitlán, Acatic y Zapotlán escucharon a su paso el relato del prodigio.

13. La expansión por el Camino de Tierra Adentro.

Hemos visto el panorama a partir del cual podemos intentar comprender qué quería decirnos el Señor con la presencia de María en estas tierras, a través de una imagen que durante unos 80 años permaneció en el silencio para súbitamente hacerse notar, iniciando un vigoroso ascenso de su devoción, sobre todo en Nueva Galicia y a lo largo de la ruta de Tierra Adentro, que conectaba la ciudad de México con las zonas mineras de Guanajuato y Zacatecas hasta Santa Fe.

Desde San Juan de los Lagos, la región, suministradora de alimentos y bestias para el trabajo en las minas de Zacatecas, comenzaba a ofrecer una imagen taumaturga, que cada vez atraería a más peregrinos.

14. Indígena, criolla y alteña.

Si miramos la imagen de Nuestra Señora de San Juan tal como fue elaborada en el siglo XVI, podemos sospechar que el artesano pretendía fabricar una representación de la Virgen de Guadalupe, con su túnica rojiza, su manto azul tachonado de estrellas y un fleco dorado, así como una luna a sus pies. Poco después del primer milagro se le identificó decididamente con la Inmaculada Concepción, tanto al designarla como al revestirla. 300 años más tarde, cuando fue objeto de la Coronación Pontificia en 1904, su iconografía se asimiló a la Reina de los Ángeles, subrayando la denominación de Inmaculada gracias a la leyenda en el listón que portan los ángeles, y que reza: "Mater Inmaculata, ora pro nobis".

Confluyen en la imagen tres culturas y la intervención sobrenatural: fabricación y técnica indígena, insignia criolla e icono católico. Así, al final, el único elemento que ha perdurado en la representación de Nuestra Señora de San Juan, es su actitud orante: sus manos juntas y su cabeza inclinada con sus ojos enormes mirando hacia abajo.

15. María en la Nueva Galicia.

Lo que simbólicamente fue la Virgen de Guadalupe para el Reino de México, lo fue la Virgen de San Juan para el Reino de Nueva Galicia y toda la vertiente del camino de Tierra Adentro, hasta Nuevo México. Desde luego, San Juan de los Lagos no fue la única meta mariana de peregrinación, pero su mensaje pareciera responder a las comunidades pobres del norte de Nueva España, maltratadas por la violencia, divididas por la rivalidad de razas y desgarradas por la migración. Ese mensaje sigue siendo sorprendentemente actual: María está por la vida, por la familia, por la reconciliación de los pueblos, por la oración, por la cercanía con los pobres y pequeños.

HACIA LA 1^{RA} SESIÓN DEL SÍNODO SOBRE SINODALIDAD

(P. Rafael Domínguez García)

Fichas para la reflexión

Cada una comienza contextualizando la cuestión del título a partir de la primera fase. Luego formula una pregunta para el discernimiento. Y ofrece algunas intuiciones desde diversas perspectivas (teológica, pastoral, canónica, etc.), dimensiones y niveles (parroquia, diócesis, etc.), en la concreción de rostros, carismas y ministerios, preguntas, según la experiencia de «su» Iglesia.

No es un tratado sistemático del tema, ni profundiza todo: destaca algunos puntos como prioritarios sin decir que otros temas sean menos importantes. La pregunta básica: «¿Cómo se realiza hoy ese “caminar juntos”, en los distintos niveles (del local al universal), que permite a la Iglesia anunciar el Evangelio, de acuerdo con la misión que se le ha confiado? y ¿qué pasos nos invita a dar el Espíritu para crecer como Iglesia sinodal?» (DP 2).

B 1. Una comunión que se irradia

1 ¿Cómo alimentan la comunión en una Iglesia sinodal el servicio de la caridad, el compromiso por la justicia y el cuidado de la casa común?

2 ¿Cómo puede una Iglesia sinodal hacer creíble la promesa de que “el amor y la verdad se encontrarán” (Sal 85,11)?

3 ¿Cómo puede crecer una relación dinámica de intercambio de dones entre las Iglesias?

4 ¿Cómo puede una Iglesia sinodal cumplir mejor su misión mediante un compromiso ecuménico renovado?

5 ¿Cómo reconocer y aprovechar la riqueza de las culturas y desarrollar el diálogo con las religiones a la luz del Evangelio?

B 2. Corresponsables en la misión.

1 ¿Cómo podemos caminar juntos hacia una conciencia compartida del significado y contenido de la misión?

2 ¿Qué hacer para que una Iglesia sinodal sea también una Iglesia misionera “totalmente ministerial”?

3 ¿Cómo puede la Iglesia de nuestro tiempo cumplir mejor su misión mediante un mayor reconocimiento y promoción de la dignidad bautismal de las mujeres?

4 ¿Cómo puede valorarse el ministerio ordenado, en su relación con los ministerios bautismales, en una perspectiva misionera?

5 ¿Cómo renovar y promover el ministerio del obispo en una perspectiva sinodal misionera?

B 3. Participación, responsabilidad y autoridad.

1 ¿Cómo renovar el servicio de la autoridad y el ejercicio de la responsabilidad en una Iglesia sinodal misionera?

2 ¿Cómo podemos hacer evolucionar las prácticas de discernimiento y los procesos de toma de decisiones de una manera auténticamente sinodal, realizando el protagonismo del Espíritu?

3. ¿Qué estructuras se pueden desarrollar para consolidar una Iglesia sinodal misionera?

4 ¿Cómo configurar instancias de sinodalidad y colegialidad que impliquen a agrupaciones de Iglesias locales?

5 ¿Cómo reforzar la institución del Sínodo para que sea expresión de la colegialidad episcopal en una Iglesia sinodal?

Conclusión

Para entrar en el estilo y práctica de la sinodalidad, necesitamos cultivar actitudes espirituales: encuentro y diálogo, acogida a todos, humildad que perdona y aprende de todos. Sentirnos Iglesia dialogante, que pasa "del yo" al "nosotros", busca la verdad y no huye a las tensiones. Necesidad de estar uno junto al otro al proyectar y trabajar en la edificación del Reino. Comparticipar sin supremacía, en circularidad y corresponsabilidad. Vivir como peregrino en una Iglesia en camino. Pastores y fieles se mueven en relación unos con otros, danzando a la música del Espíritu.

La sinodalidad es una experiencia de encarnación que nos pone en escucha del grito de los pobres y necesitados. Que surja una Iglesia relacional, inclusiva, dialogante y generativa, que se deja formar y renace, en el dinamismo del Espíritu y gracias a cuantos la hacen vivir.

Prosigamos «con perseverancia la carrera que tenemos por delante, teniendo fija la mirada en Jesús, autor y perfeccionador de la fe» (Heb 12,1-2).



Haciendo vida lo que celebramos, reconstruimos el tejido social

Lema de la Semana de animación
y formación litúrgica

